

GENIIT

sociología
ciencia - literatura

El Miguel de Cervantes Saavedra



A. Koechlin: Defensa del escepticismo.—José Peirats: Sobre la pretendida crisis del anarquismo.—Alfredo Panzini: Una enfermedad.—Un gato y un marqués.—Dos espectáculos.—J. E. Rodó: Más allá.—Ugo Fedeli: El movimiento makhnovista en la revolución de Ucrania. IV. Nestor Makhno y el movimiento anarquista.—Fontaura: Acción internacional libertaria.—A. G. Llauro: Materialismo.—Remartínez: Un breve comentario.

NOTAS

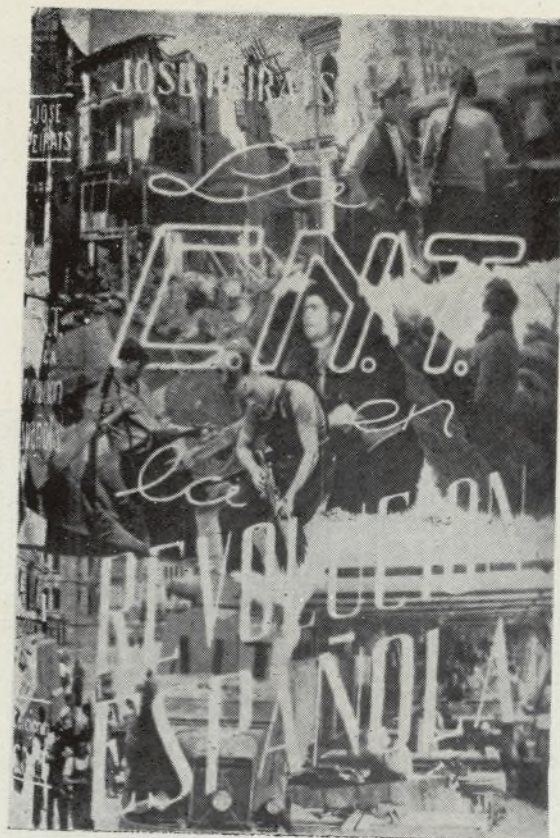
André Prunier: Ante la guerra que viene.—Angel Samblancat: Dos fuerzas de choque.—Antonio Lafuente: Koro-lenko. Índice.

12

Diciembre
1951

REVISTA MENSUAL

Ayuntamiento de Madrid



SE HALLA EN VENTA EL PRIMER TOMO
DEL TAN ESPERADO LIBRO

LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPANOLA

Se trata del estudio más completo y documentado sobre el origen y proceso histórico del anarcosindicalismo español

Son resumidos en esta importante obra las ansias, las luchas y los martirios del obrerismo español durante las épocas de la monarquía borbónica, durante el periodo de la dictadura militar, durante el agitado régimen republicano, cuyos antecedentes condujeron a la gloriosa epopeya del 19 de Julio de 1936.

416 páginas de texto con ilustraciones intercaladas sobre papel couché. Fotocubierta a dos colores. Precio de la obra: 600 francos.

Pedidos a todos los delegados de propaganda de las FF. LL. de la C.N.T. Servicio de librería de la C.N.T. 24, rue Ste-Marthe, Paris (X). Editoriales libertarias, y a Martín Vilarrupla, 4, rue Belfort, Toulouse. (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Director: A. GARCIA.—24, rue Ste-Marthe, Paris (X).

Administrador: M. VILARRUPLA.—4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 180 francos trimestre; Exterior, 210 francos.

Número suelto, 70 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

DEFENSA DEL ESCEPTICISMO

«La alegría de la destrucción es una alegría creadora.»

M. BAKUNIN.



HAY dos géneros de escepticismo. El primero es el verdadero escepticismo el escepticismo filosófico. El segundo es el «escepticismo» de que habla mi amigo Emilio Muse. El primero, el verdadero escepticismo, el filosófico, se refiere a la vida misma, el segundo a tal o cual aspecto de la vida. El escepticismo filosófico es una convicción a priori, el pesimismo por principio, una religión negativa: la vida no tiene fundamento positivo, sus realidades son ilusiones, sus esperanzas no tienen otro fin que el de engañar y la única solución de los problemas humanos es la muerte. Esa negación a priori de la vida el verdadero escepticismo, el filosófico, es un absurdo, según mi convicción, según mi religión positiva, según ella misma, porque no hay medio objetivo y científico de probarla.

No es, pues, este escepticismo filosófico el que yo me propongo defender, sino el «escepticismo» censurado en uno de los últimos números de CENIT, por mi amigo Emilio Muse, y que se refiere a tal o cual aspecto de la vida. Valdría más llamarlo criticismo para distinguirlo del otro.

El criticismo es una cualidad de la razón humana, sin la cual no hay posibilidad de ciencia ni de moral, ni de pensamiento simplemente. La función de la crítica es oponerse siempre y sin límite a las creencias, sean cuales fueren. Su fin es la destrucción y nada más que la destrucción. Pero en esta función obra en interés de la creencia misma, que no puede vivir sin ser destruida continuamente. Sin crítica toda creencia es barata y carece de fuerza y de vida. Aun el cristianismo, el cristianismo vivo, no puede existir sino gracias al pecado mortal de la duda.

La ciencia, que es crítica ella misma, se publica confiando en sus descubrimientos, que no esperan sino su destrucción por conocimientos más exactos.

El anarquismo es voluntad y conocimiento. Sin crítica permanente de su filosofía, de sus conoci-

mientos, de sus métodos, la voluntad, que no es ni filosofía ni ciencia, dará en la nada y se cansará. Si la voluntad no soporta la crítica, tanto peor para ella. Si la soporta, redoblará.

Por otra parte, hay el criticismo barato, el escepticismo querido y fácil, de que habla el amigo Muse. Pero me parece muy cómodo y aun un poco demagógico rechazar una crítica con el argumento de que hay gentes que se sirven de ella para su comodidad. ¿Por qué cerrar los ojos ante verdades que se ven y se sienten todos los días? Aunque nos desagraden, están ahí, de todos modos. Si agradan a otros, ¿qué nos importa?

Muse no quiere negar la palabra al pensamiento negativo, pero en el fondo lo hace a pesar de todo por las palabras que escribe después de esa afirmación: «Pero es una infamia apagar entusiasmos, sembrar la desesperanza, restar importancia a la resistencia y agitar fantasmas.» Esta frase me parece muy poco anarquista, exhala incluso un poco olor de bolchevismo.

Si es infamia apagar entusiasmos, toda propaganda anarquista es infamia. ¿Qué infamia atacar una religión hacia la cual se dirigen las esperanzas y los entusiasmos de muchedumbres inmensas: el catolicismo! ¿No es una infamia criticar las esperanzas que se ponen en la política de los partidos democráticos y socialistas, y de los sindicatos reformistas? ¿No es una infamia denunciar el mito bolchevique? ¿No es sembrar la desesperanza ridiculizar los nacionalismos y los mil sueños de la vida futura en el cielo o sobre la tierra en nombre de las cuales los seres soportan el presente desesperado? En cuanto a la «resistencia», Muse emplea la palabra como un término sagrado. Lo es, en efecto. Resistir al mal es la esencia de nuestra vida. Pero nuestro mundo está lleno de resistencias falsas, ilusorias e inútiles. Hay que saber a qué se resiste, por qué, y con qué. De otro modo se corre el riesgo de capitular ante el enemigo, resistiendo a una quimera. Todo sacrificio heroico es bello, aun si es inútil, para el historiador y para el novelista.

Por mi parte, si no tuviera posibilidad de hacer cosa mejor que impedir un solo sacrificio, que yo reconociera inútil y perjudicial, por poco que eso sea, me felicitaría de haber hecho algo de valor. Sobre «agitar fantasmas», Muse no se explica, de modo que no sé en qué especie de fantasmas piensa. Me parece, sin embargo, que los fantasmas en general se encuentran más cerca de los optimistas que de los escépticos. ¿Está seguro el amigo Muse de no aferrarse a un fantasma predicando con el progreso humano inmanente al desenvolvimiento de la ciencia natural y de la técnica?

La afirmación de Muse de que el pueblo de la Edad Media ha sufrido humillaciones que las sociedades no habían conocido antes ni han conocido después no es exacta. La esclavitud de la antigüedad no era mejor, era peor, porque le faltaban los frenos que imponía a la servidumbre de la Edad Media la religiosidad cristiana. Sea lo que sea lo que pueda decirse sobre la sociedad medieval, es innegable que significaba para el pueblo agrícola y artesano una seguridad social que las masas no han vuelto a conocer desde el hundimiento de aquel tipo de sociedad. Esa seguridad provenía justamente de la unión estrecha en la cual las gentes vivían con la tierra, y además de una espiritualidad religiosa que formaba la base de la sociedad medieval. Al lado del feudalismo, del cual no desconozco el carácter jerárquico y opresivo, y a menudo mezclado con él, había todo un laberinto de autonomías y de libertades que en diversos grados opusieron obstáculos a las tendencias jerárquicas, bajo las garantías recíprocas de corporaciones de artesanos y de municipios agrícolas y de su federación. La debilidad general de los poderes centrales significaba un pluralismo que hizo posible a los pueblos crearse libertades que, por pequeñas que fuesen, tenían siempre un carácter vivo y material. Todo esto desapareció con la centralización territorial en los siglos XVI y XVII.

Si ha habido un tiempo de la humillación del hombre más terrible, fué el tiempo del absolutismo que siguió a la Edad Media. El sentido del poder de este mundo sin el freno de una espiritualidad que no es de este mundo creó el nacionalismo, los poderes únicos rodeados de fronteras territoriales. A los pluralismos feudales y federalistas los sustituyeron poco a poco y cada vez más regímenes burocráticos. Fué entonces cuando nació la abstracción fría del Estado todopoderoso. Las autonomías municipales desaparecieron, así como los terrenos comunales hasta en los reductos aislados en las montañas. Con la realeza triunfaba la gran burguesía comercial, que prefería los negocios a las libertades. La tierra y el trabajo fueron reemplazados por el dinero. Un nuevo tipo de explotador nació, que se había liberado de los frenos que se había impuesto al explotador de la Edad Media la unión con la tierra y la espiritualidad religiosa. Esta se perdía en los dogmas eclesiásticos católicos y protestantes que significaban poca cosa para la vida social. La sed de oro llevaba al imperialismo, que a su vez fortificaba la potencia de los Estados. La localidad y su bienestar, su libertad y su seguridad social, no contaban ya nada. El pueblo, por decirlo así, no existía ya. Así el arte medieval, que era un arte del pueblo, fué reemplazado por la creación de individualidades que trabajaban a sueldo de los poderosos. El pueblo fué abandonado a una miseria que la sociedad medieval no había conocido.

La época revolucionaria, que comenzó en el siglo XVIII y que parece llegar a su fin en nuestros días, no cambió la sociedad absolutista sino superficialmente. Ni la democracia, ni el liberalismo llegaban a encontrar una nueva base espiritual y material de un libertad concreta de los pueblos. Cada transformación revolucionaria, aunque fuese traída por un deseo real de libertad y de justicia, terminaba siempre por una fortificación nueva del Estado. Todos los formalismos políticos de la democracia y del socialismo no cambian nada al hecho de que el poder del Estado, desde el reino de Luis XIV, ha crecido y ganado en intensidad de una manera espantosa, sin que la injusticia y el desorden social hayan disminuido. Estamos hoy en plena marcha hacia el año 1984 de George Orwell, el escritor más escéptico de nuestra época.

Ese desenvolvimiento postmedieval ha sido acompañado por el progreso de las ciencias naturales y de la técnica. Aun destruyendo una sociedad que nada tenía ya de la sociedad medieval sino la forma, llegada a ser estéril y sin vida, la crítica científica no llegaba sin embargo a encontrar nuevos valores morales bastante fuertes para un nuevo equilibrio social. Todos los descubrimientos, por grandes que fuesen, desde los viajes de Colón a la máquina de vapor y más lejos aún, han sido hechos bajo el signo de la burguesía, de la clase más utilitaria y menos espiritual, y de su deseo de riqueza y de poder.

La cuestión de si es la burguesía la que ha producido la técnica, o si es la técnica la que ha producido la burguesía, no es cuestión que hayamos de resolver. No se puede sino hacer constar la reciprocidad que en el desenvolvimiento histórico existe entre los dos fenómenos. Esta reciprocidad, sin embargo, me parece tener algo de lógica, sin que quiera decir que sea fatal. Una emancipación de la naturaleza como la que significaba la técnica moderna, ¿era posible sin una «emancipación» del espíritu como la que significa la burguesía?

Los argumentos de Muse en favor de la progresividad de la técnica me parecen demasiado débiles para tranquilizarme. Que la técnica moderna ha creado un nuevo tipo de artesano consciente, quiero creerlo. Pero ese signo me parece poco numeroso. Se trata del técnico, del ingeniero más bien que del obrero. Y aun un ingeniero que tiene la posibilidad de ser él mismo en su trabajo, de expresar su personalidad en su creación, es una cosa cada vez más rara. Las más de las veces trabaja para una necesidad que no es la suya ni la de un grupo social al cual se sienta ligado. Es limitado en el más alto grado por el sistema de industrialización cuya última palabra es el provecho. El alma de ese sistema no está en el taller, sino en el despacho, que es un lugar sin alma.

La producción en masa, tal como la conocemos todos, ¿es preferible a la producción reducida para una localidad? Lo dudo mucho. Kropotkin ha escrito en su libro sobre «la agricultura, la artesanía y la industria» cosas muy claras que valdría la pena releer hoy. La producción en masa no ha llegado jamás a garantizar a las masas la seguridad económica más modesta, mientras que una producción local orgánicamente ligada a las condiciones naturales de una región puede perfectamente garantizar una estabilidad económica de la vida por modesta que sea. La producción estabilizada de la gran industria me parece un engaño. En gran parte se trata de una producción de cosas inútiles,

cuya necesidad es sugerida a las masas por la propaganda. La propaganda es la ciencia más noble de nuestro tiempo. Los científicos del alma humana, los psicólogos, pueden felicitarse: sus descubrimientos están en tan buenas manos como los de los físicos.

La producción de guerra ha existido bajo todas las formas de producción. Pero bajo las formas «primitivas» la producción de las armas estaba subordinada a las necesidades guerreras y no servía a otros fines. Hoy sirve como reguladora de la vida económica. Y es la cuestión de guerra y de paz la que está subordinada al menos en parte a la necesidad de la producción de las armas.

Pero el progreso técnico, se dice, ha aportado la reducción de las horas de trabajo o al menos su posibilidad. Admitimos, tomando por base un estado político y económico llamado normal que se han hecho progresos verdaderos en ese sentido. ¿Se trata de un progreso real? Ciertamente, cada hora de reducción del tiempo de trabajo es una hora ganada a la esclavitud que significa el trabajo en nuestra sociedad. Por eso el combate sindical por la reducción de las horas de trabajo es tan necesario como la lucha por el aumento de los salarios. A pesar de todo, la reducción de las horas de trabajo no significa una liberación verdadera del obrero y por consiguiente una solución del problema social. El deseo de trabajar tan poco como sea posible es un deseo natural en una sociedad en decadencia: presupone que el trabajo significa para el hombre un mal del que tiene razón en aspirar a liberarse. Pero este ideal de libertad del trabajo no es sino una parte integrante de la conciencia capitalista. La convicción de que la reducción de las horas de trabajo a consecuencia de la «racionalización» de la producción traería la liberación del individuo es una de las grandes ilusiones del marxismo. ¿Es que una rueda de la máquina deja de ser una rueda de la máquina porque se la ponga fuera de movimiento una hora más? Se trata ahí de la libertad del trabajo en el sentido de mi liberación del trabajo y no de la liberación de mi trabajo. Se podría caracterizar la primera como reformista porque no sale del régimen actual, mientras que la segunda sería una transformación revolucionaria de la sociedad. La sociedad actual sabe muy bien protegerse contra los efectos de una simple reducción de las horas de trabajo. Esta, generalmente hablando, no crea sino un vacío en el estado psíquico del obrero, que se llena fácilmente de literatura y de cine superficiales, de deporte estúpido y comercializado, de alcohol y de una sexualidad desequilibrada. Y lo que es peor que todo eso, es una llamada «cultura obrera» que sustituye una inteligencia espontánea y natural con el dogmatismo de un saber mediocre, y que hace del obrero un soldado disciplinado de partido dispuesto a todas las tonterías criminales.

El verdadero problema no consiste en la reduc-

ción del trabajo esclavo, sino en el establecimiento del trabajo responsable y atractivo, que es productor no solamente de cosas útiles a la vida, sino al mismo tiempo de la personalidad del que produce. Esa sería la verdadera cultura obrera, la verdadera revolución social. La transformación a la cual nosotros aspiramos no es immanente al progreso técnico. Me parece incluso que éste nos hace la tarea cada vez más difícil.

¿Es una fatalidad del saber humano moverse en un círculo vicioso? La ciencia, ¿hace perder al hombre fatalmente el instinto del sentido de la vida en un utilitarismo que le dirige a la nada? ¿Sería menester, por consiguiente, interrumpir el progreso del saber positivo, suprimir la ciencia, a fin de recuperar un equilibrio entre el saber objetivo y el saber subjetivo, es decir, la conciencia individual, de obtener el saber de la vida a costa del saber de las cosas? Admitir y emprender esto sería un materialismo histórico de sentido inverso al de Carlos Marx; sería caer en el pesimismo, en el escepticismo filosófico que es un absurdo, según mi convicción. Interrumpir el progreso del saber sería un acto enteramente artificial y por lo demás imposible. No podríamos ya vivir en las cavernas. No podemos restituir la Edad Media. El cristianismo de aquel tiempo sería para nosotros letra muerta, no el espíritu que vivifica. Nos es preciso aceptar el progreso científico con su tendencia a progresar cada vez más. Al mismo tiempo no podríamos ya hacernos ilusiones sobre ese progreso como los progresistas del siglo pasado. En una carta a Bakunin, Eliseo Reclus, más escéptico que los positivistas de su tiempo, expresaba su opinión de que el saber positivo haría la mitad del camino de la liberación humana. Esta afirmación podemos aceptarla viendo en ella un doble sentido en el cual ciertamente Reclus no ha pensado. El camino del saber no conoce objetivo final y no es, pues, su fin el que podría indicar el principio de la segunda mitad no científica del camino de la liberación humana. Este principio o su posibilidad se encuentra, por tanto, en todas partes, en todas las etapas del desenvolvimiento del saber. Si admitimos con Eliseo Reclus la distancia científica y la distancia no científica como iguales, resulta de ello que con el progreso de la ciencia pura y seca de nuestra civilización «tecnificada» la segunda mitad del camino, la mitad moral, única que nos llevaría a una verdadera liberación, llega a ser cada vez más larga y más penosa. Estas «matemáticas» no son exactas, porque no hay exactitud matemática en las cosas de la historia humana. La fórmula expresa una contradicción de nuestro tiempo. Reconocer la contradicción con el propio cerebro y vivirle con todo el corazón es tarea digna de un anarquista. Sólo a ese precio se abrirán nuevos horizontes.

H. KOECHLIN

SOBRE LA PRETENDIDA CRISIS DEL ANARQUISMO



El calor que se pone en querer demostrar el fracaso del anarquismo es la mejor confesión de que lo que se da por liquidado subsiste a pesar de todo. Claro que igual conclusión podría sacarse de los defensores a ultranza, no menos fogosos y altaneros, dados a afirmar que en el campo anarquista se vive en el mejor de los mundos. Ciertas categorías de afirmaciones son a veces la confirmación pura y simple de su sentido contrario. Y podríamos sacar de ello, si no una consecuencia sabia, por lo menos prudente.

Entre los derrotistas de última hora se prescinde de parcial o completamente de una discriminación de tipo lógico. Se emplaza a los llamados «vestales» al terreno de los resultados, y más que nada al balance actual de estos resultados. Se procede en perfecto contable. Se suman las dos consabidas columnas y se comparan las cantidades sumadas. La resultante de la comparación es una sentencia inapelable.

Se dice, por ejemplo, que teníamos en Francia, a últimos del siglo pasado y principios del presente, un gran movimiento anarquista, y que hoy no existe. Que desde hace muchos años el anarquismo ha perdido su influencia en la democrática y federalista Suiza. Que el acratismo italiano no lleva camino de reponerse del descalabro general que produjo en Italia el fascismo. Que el dúo Carmoña-Salazar lo ha reducido en Portugal a una simple manifestación subterránea. Que en los Balcanes pasó del estancamiento a la franca decadencia merced a las represiones que culminaron con la invasión soviética. Que en Europa central sucumbió con la Comuna húngara. Y en Rusia bajo la dictadura del proletariado. Y que Alemania, Bélgica, Holanda y los países escandinavos apenas cuentan. Que en lo que se refiere a América, el anarquismo criollo ha quedado poco menos que diluido. Que el anarquismo en Oriente continúa siendo una incógnita. Y que, finalmente, sólo queda en pie el bastión español, maltratado duramente por la dictadura de Franco, después de haberse aquél desangrado en las dramáticas jornadas de la revolución y de la guerra civil. Y encima, que este anarquismo ibérico se halla corroído por una profunda crisis interna.

Estas constataciones realistas, a las que se concede una importancia máxima, de tomarse al pie de la letra no demostrarían otra cosa que el fracaso del anarquismo desde el punto de vista proletista, no el fracaso en sí de una concepción filosófica ni la falsedad de sus afirmaciones sobre la textura y misión del Estado.

Este método de valorizar por los resultados o el rendimiento inmediato responde mejor a la mentalidad de los tenderos. No puede aplicarse si se trata de valorizar la razón o la sinrazón de teorías y hechos humanos. De aplicarse a los europeos de 1941, la ocupación militar teutónica, por la sola

razón del hecho consumado sería normal y con merecimiento de definitiva. Los comunistas soviéticos o soviéticos han hablado mucho del fracaso del anarquismo ruso que todos sabemos suprimieron ellos por la ley de la fuerza bruta.

Pero hemos de hacer frente a una nueva objeción. La que señala que si bien las represiones despiadadas se encuentran casi siempre en el origen de la depresión de los movimientos anárquicos, pasados estos periodos de represión, como puede ser el caso de Francia, Italia y hasta cierto punto el de Argentina, la decadencia sigue su marcha imperturbable.

Las épocas de represión dejan casi siempre una estela de efectos morales no menos intensos que los efectos directos de la represión. Cantidades de militantes caídos durante los momentos de prueba, o simplemente dispersados, no pueden sustituirse ni recuperarse siempre. En Francia, por ejemplo, la mortandad con que se selló el destino de la *Commune* insurgente, las deportaciones y destierros, significaron un terrible golpe para el internacionalismo. El socialismo político, o más concretamente, las teorías de Marx, tomaron brio a raíz de la depresión que siguió al aniquilamiento físico de los comunistas. El tópico según el cual por cada luchador que cae se levantan cien, no es más que un latiguello demagógico. Las represiones dejan una huella profunda en los movimientos que las sufren, aunque se trate de movimientos robustos. Estas huellas son de carácter moral y físico. Pretender lo contrario, es decir, que las represiones, lejos de frenar o suprimir, estimulan la rebeldía, es empeñarse en cultivar tópicos peligrosos. Ni las represiones cuentan ni los periodos de pasividad demasiado pronunciados son convenientes para los movimientos revolucionarios.

Tras las represiones, y en pleno ambiente de derrota, es cuando vegetan toda clase de preocupaciones reformistas. El tandem Marx-Engels habían especulado de antemano con la derrota del Imperio francés en Sedán, preveyendo que traería consigo la decadencia del socialismo representante del ala libertaria en el seno de la Internacional.

Rudolf Rocker lo ha demostrado en uno de sus trabajos más divulgados: «Marx y los anarquistas». La cita es la siguiente.

«El 20 de julio de 1870, Marx escribió a Engels estas palabras, tan expresivas de su carácter y de su personalidad:

«Los franceses necesitan azotes. Si ganan los prusianos también ganará la centralización del peor Estado, útil para la centralización de la clase obrera alemana. El predominio alemán cambiará, además, el centro de gravedad del movimiento obrero de Europa, de Francia a Alemania, y basta tan sólo comparar el movimiento de 1866 hasta hoy día, en ambos países, para advertir que la clase obrera alemana es superior, en teoría y en organización, a la francesa. Su predominio en el teatro mundial, sobre la francesa, significaría, al mismo tiempo, el

predominio de nuestra teoría sobre la de Proudhon...»

Los partidos obreros socialistas se afirmaron en todo el mundo como consecuencia de la depresión que siguió a la represión de la *Commune*. Las derrotas traen siempre la desilusión con su escuela de reconsideraciones tácticas y de principios. Se ensayan nuevas vías y procedimientos de acción que vierten en el desviacionismo neto.

Este mismo fenómeno lo hemos constatado a través de la propia revolución rusa. En lo que al anarquismo se refiere, este tuvo un último resplandecimiento en el movimiento ucraniano que, con tanta meticulosidad y acierto, viene estudiando en estas mismas páginas el compañero Ugo Fedeli. Consecuencia inmediata de la experiencia ucraniana fué el movimiento «plataformista» de los anarquistas rusos emigrados. Archinoff, al que debemos un documentado estudio sobre la revolución ucraniana, fué el padre de aquel movimiento revisionista que tanta materia de discusión brindó al anarquismo internacional. El plataformismo, al que se hallaba vinculada la prestigiosa personalidad de Makhno, era un movimiento plagado de resabios autoritarios de carácter oportunista. La problemática perspectiva en cuanto a un pronto retorno de los anarquistas rusos a su país disminuyó sus bríos revisionistas, y la plataforma misma acabó por verse desamparada.

Hemos dicho que al amparo de la situación creada en 1871, faltó el movimiento internacionalista obrero del soporte del proletariado francés, que representaba el bastión libertario y federalista, los partidarios de Marx y Engels pudieron especular a sus anchas con su fórmula de toma del Poder político por los llamados partidos de la clase obrera. Estos partidos lograron deslumbrar a grandes contingentes proletarios por las facilidades que preconizaban de solución del problema del capitalismo. El problema social quedaba reducido a una fórmula pacífica y legalitaria. La legislación democrática del Estado capitalista daba, según los profetas marxistas, amplias facilidades para una fácil y profunda revolución desde arriba. Así es como fué afincando la tendencia reformista que había de convertir el principio de lucha de clases en colaboración de clases.

En su libro «La juventud de un rebelde», Rudolf Rocker hace un atinado estudio sobre las condiciones extraordinariamente particulares del período revolucionario conocido con el nombre de «anarquismo heroico». No era este un reverdecimiento de las energías del movimiento anarquista en el sentido popular de la palabra. Si bien concurren en la época un buen elenco de personalidades ácratas de primera fila no es menos cierto que las contundentes manifestaciones que la caracterizan no tienen o tienen que ver muy poco con el anarquismo propiamente dicho. Los atentados políticos que la cubren son hechos más o menos esporádicos, engendrados por la corrupción política-administrativa y por la política represiva puesta en práctica para aplacar las manifestaciones de protesta del pueblo, movida esta protesta por toda suerte de escándalos financieros. Ciertos sedicentes anarquistas tomaron a su cargo la revancha contra los atropellos de que se hacía víctimas a los manifestantes, produciéndose la serie de atentados que se ha venido señalando con el nombre de «propaganda por el hecho».

Los grandes procesos que sucedieron a las ejecu-

ciones de los llamados terroristas demostraron plenamente que aquellos actos no tenían que ver ni con planes organizados ni con el movimiento anarquista propiamente dicho. Por otra parte, aun tratándose de hechos individuales, a pesar de haber excitado la curiosidad y hasta la simpatía de una serie de escritores de avanzada, redundaron gravemente en perjuicio del movimiento libertario. La máquina de propaganda del Estado encontró en aquellos hechos un verdadero filón de argumentos, de orden sentimental, político, y hasta patriótico, que manipulados con gran habilidad fueron de más provecho para el Estado y la burguesía dominante que las propias medidas directas de punición aplicadas implacablemente por los tribunales contra los «dinamiteros». La estulticia popular asimiló lamentablemente aquellas propagandas que tenían por objeto identificar un movimiento social, profundamente filosófico, con una baja manifestación de delincuencia. Aun en nuestros días persiste en Francia, en la generalidad del pueblo y entre ciertos rangos de gentes ilustradas, un concepto abominable sobre lo que representan los anarquistas y el anarquismo.

Suma hecha, que la hecatombe de 1871, el socialismo político y el llamado terrorismo, propinaron un golpe rudísimo al movimiento anarquista.

Otro de los factores de decadencia del movimiento anarquista en Francia es el llamado sindicalismo puro. Este es también una de las consecuencias de las épocas difíciles en que es dado ir a la busca de caminos fáciles inspirados en la teoría del menor esfuerzo.

El sindicalismo puro, que cuenta entre sus precursores y militantes a destacados anarquistas, se atribuyó la misión de crear un gran movimiento de masas con el propósito finalista de destrucción del Capitalismo y el Estado. Para el logro de este objetivo, y para realizar la concentración anties-tatal y anticapitalista necesaria, ideó un gran frente único proletario, debidamente cohesionado. Para que esta cohesión fuese posible se entendió proceder a la eliminación previa de todos los factores susceptibles de discordia. El principal de estos factores resultó ser según los teóricos del sindicalismo puro, nada menos que las tendencias políticas y filosófico-sociales, entre otras el propio socialismo político y el anarquismo.

El sindicalismo puro proclamaba enfáticamente su independencia de todas las sectas, partidos y esuelas, y por ende su calidad autosuficiente. Es decir, que se bastaba a sí mismo para realizar los ideales de manumisión de la clase obrera. De acuerdo con este principio, el afiliado o confederado, al ingresar en el sindicato debía dejar en la misma puerta sus ideas o convicciones particulares, cualesquiera que estas fueren.

La experiencia de este sindicalismo nos demuestra que no se puede renunciar a tener ideas y pretender tenerlas al mismo tiempo. La finalidad revolucionaria que reivindicaba para sí este sindicalismo lo convertía en un movimiento finalista: destrucción revolucionaria del sistema del Estado y del Capitalismo, cuyo primer acto era la huelga general, y reconstrucción de la economía sobre la base de los sindicatos. Sin embargo, los métodos de proselitismo le condenaban de antemano a quedar convertido en un movimiento amorfo. El celo con que eran aplicadas las consignas de neutralidad ideológica le transformaban paulatinamente en enemigo de todas las ideologías, degenerando así-

mismo en un narcisismo autosuficiente, tan pretencioso como estéril, ya que todas las energías eran empleadas en la labor policiaca de descubrimiento de los repulsivos infractores del principio sagrado de neutralidad.

La finalidad sindicalista revolucionaria, anticapitalista y antiestatal, la perdió muy pronto el sindicalismo puro. Más tarde, y es el caso típico de la C.G.T. francesa, sirvió este sindicalismo los designios de los partidos socialistas en su política reformista y hasta belicista, esto último en ocasión de la guerra de 1914-18. Desde mucho antes de la guerra mundial número 2, la C.G.T. sirve fielmente las consignas de Estado soviético.

Otro de los factores tácticos que han contribuido a la actual crisis libertaria reside en la tendencia personificada por el anarquismo y anarcosindicalismo español. Esta tendencia se ha ido concretizando en la etapa militante que arranca en aquel país de la caída de la dictadura de Primo de Rivera y muy particularmente de la instauración de la Segunda República. La simiente, sin embargo, estaba echada, y en uno de los terrenos mejor abonados, dada la rebeldía ingénita de los españoles y su temperamento impulsivo.

Nos referimos a la concepción revolucionaria que ha venido sosteniendo el anarquismo ibérico y que se ha esforzado en poner en práctica a través de la organización sindical C.N.T. El anarquismo español ha convertido el sindicalismo revolucionario de tendencia definida (anarcosindicalismo) en el elemento realizador de sus objetivos inmediatos: el comunismo libertario. El comunismo libertario no es un régimen puente según la concepción marxista. No se justifican en él la existencia del gobierno y de la autoridad. Y menos la «dictadura del proletariado». El comunismo libertario es, pues, una organización social anarquista, si no la anarquía misma, por aquello de que la anarquía no tiene fin ni programa definido.

El anarquismo español ha volcado toda su actividad en la organización obrera y en su propósito revolucionario inmediato. Se sobreentiende que para el anarquista ibérico el comunismo libertario, la anarquía en su primer estadio, es perfectamente realizable o asequible en cualquier momento. Basta para ello la coyuntura del hecho revolucionario y el triunfo de su propósito más acariciado: la destrucción del Estado a través del derrocamiento del Gobierno y de las instituciones gubernamentales; la destrucción del Capitalismo mediante la expropiación y socialización inmediata de los medios de producción, transporte y consumo.

Esta concepción ha puesto al anarquismo ibérico frente a terribles responsabilidades. La crítica demolidora con que ha procedido contra las corruptelas e inmundicias oficiales y de los partidos políticos, que respondía a la realidad más absoluta, han tocado en lo más vivo del innato sentimiento antibernamental del pueblo. En consecuencia, la organización C.N.T. ha sido capaz de movilizar a grandes masas de trabajadores entre las cuales figura un respetable plantel de activos militantes. He aquí, precisamente, la terrible responsabilidad del anarquismo español. Estas grandes masas de trabajadores rebeldes no se sentían menos atraídas por la promesa de un comunismo libertario al alcance de la mano que por el odio natural contra las instituciones gubernamentales.

Por lo tanto, el mismo éxito proselitista de las críticas y consignas del anarcosindicalismo confede-

ral, comprometían a éste, automáticamente, a una acción radical sin posibles aplazamientos ni escamoteos. Los oradores—se trataba incuestionablemente de anarquistas—, así como los propios redactores confederales, lejos de encauzar, vertebrar y darle consciencia al Movimiento, se dedicaron, en reñida competición, a alimentar con tandas de leña y de gasolina la hoguera revolucionaria.

Existían, indudablemente, al margen de la preocupación revolucionaria aspectos interesantísimos de propaganda y capacitación educativa y constructiva, pero estos aspectos fueron siempre subordinados y en último extremo sacrificados al supremo objetivo revolucionario.

Esta concepción determinó toda una mentalidad militante y cuajó no menos firmemente en una obsesión única. Y se produjo lo fatal e inevitable: una serie de intentos revolucionarios que, aparte los románticos propósitos, no contaban ni con la fuerza, ni con la preparación, ni con la posibilidad real o práctica de vencer totalmente. Las repetidas derrotas, seguidas de terribles represiones, iban minando la moral de buenos militantes, reproduciéndose los gérmenes de una honda crisis interna.

Pero aquí también observamos las manifestaciones de esa ley del contraste de las oposiciones y de las decepciones que jamás perdona. Ante los fracasos y los abortos, el espíritu del hombre se tortura en la búsqueda de justificaciones o salidas más o menos fáciles. No otra es la situación creada por la crisis interna que sube a la superficie confederal en 1932. El Movimiento anarcosindicalista se produce entonces en dos direcciones a cual más negativa y peligrosa: el reformismo propiamente dicho y la radicalización obsesionante del propósito revolucionario. Existe apenas un tercer factor moderador o equidistante de aquellas dos concepciones, afirmativa y negativa, del milagro revolucionario inmediato. Ambas corrientes se polarizan y viene toda una época de afirmaciones y negaciones rotundas con sus episodios lamentables de lucha fratricida. No existe un anarquismo consciente de su misión histórica, de visión elevada y lo suficiente independiente de las pasiones e interpretaciones circunstanciales. El movimiento anarquista propiamente dicho ha hecho donación de su destino a la organización obrera, al conjunto heterogéneo confederal, y viene por sus pasos contados el acto más trascendental del drama: el acontecimiento de la revolución misma; el 19 de Julio de 1936.

El anarquismo y la C.N.T. (el anarcosindicalismo español), una sola cosa indistinta, tienen que hacer frente a un hecho revolucionario de gran envergadura, y su misma potencialidad combativa les sitúa ante el hecho de la responsabilidad política y económica constructiva. La transformación de la revolución en guerra civil acentúa gravemente aquellas responsabilidades.

Hemos dicho ya en otro lugar que la situación creada al anarquismo español a la mañana siguiente del 19 de Julio no era necesariamente la fatalidad de un «ir a por el todo», mediante la dictadura anarquista, ni la colaboración con los demás sectores políticos, mediante la intervención gubernamental. Pero para ello le era necesario al anarquismo una más clara y precisa consciencia de su misión histórica, una mayor independencia de la propia C.N.T., y una concepción menos simplista de las virtudes revolucionarias en tanto que hecho violento. Quedaba el recurso de afirmación del anarquismo como movimiento de influencia y de oposición

permanente, y hasta si se quiere de acción circunscrita a los aspectos constructivos de carácter económico en las colectividades y socializaciones por acción directa o de hecho consumado. Pero para ello estorbaba enormemente la transformación operada en la propia mentalidad y la educación que, de acuerdo con esta mentalidad revolucionaria maximalista, se había dada a sí mismo el anarquismo ibérico y había insuflado en las masas que movilizaba. Dada, pues, esta mentalidad, dada esta educación, dada la obsesión interpretativa de que en una revolución no juegan más elementos que el aspecto episódico violento, generador de por sí de todos los demás milagros, el problema no tenía otra salida que afrontar la peor de las responsabilidades: o la dictadura anarquista, con todas las catastróficas consecuencias, o el ensayo de entendimiento con los partidos políticos, a sabiendas o sin saber los resultados que fatalmente comportaría. Y ante este dilema, tenía que imponerse una vez más la férrea ley de las soluciones fáciles, esto es, la colaboración a regañadientes que había de convertirse más tarde en colaboración gubernamental a ultranza.

Más que la colaboración gubernamental en sí, y aún teniendo presente lo que representaba como claudicación ideológica y moral, lo que cuenta en ella son las consecuencias de orden permanente. Nos referimos a la herencia que indefectiblemente comportan todas las desviaciones y muy particularmente en las corrientes ideológicas refractarias por principio al oportunismo. Estas consecuencias permanentes las vive actualmente en toda su lozanía el movimiento anarquista español a través de la profunda división interna. Ni siquiera teníamos la excusa, al embarcarnos en tan pésimas condiciones, de que las realidades no tenían precedentes. Lo que no tenía precedente era nuestra ignorancia del proceso de todas las revoluciones y muy particularmente de la historia de nuestros propios movimientos revolucionarios. Y conste que se ha escrito bastante sobre la materia. En estas mismas líneas hemos citado, aunque a la ligera, tres movimientos concretos que bien podríamos reivindicar como nuestros: la *Commune*, la revolución ucraniana y la revolución húngara. La citada plataforma de Archinoff no es más que una herencia del paso de los anarquistas ucranianos por una etapa de responsabilidades revolucionarias.

Ocurra lo que ocurra y hagan lo que hagan las organizaciones y movimientos influidos por el anarquismo, la misión de este anarquismo es conservarse en el terreno anarquista. Es decir, no vincular su destino al destino de estos movimientos, a sus impacencias y a sus inclinaciones oportunistas o circunstanciales. Si por contra nos encontramos con que es el propio anarquismo quien orienta a estos movimientos por él influenciados en el sentido circunstancialista y oportunista, el error se llama absurdo o suicidio.

El anarquismo no es de hoy ni de mañana. No es un programa político más con vistas a servir promesas fáciles, simplistas, a las gentes o masas con mentalidad conservadora. La mentalidad revolucionaria que hemos descrito, la que atribuye a la revolución poderes taumaturgicos, virtudes de magia, es una mentalidad profundamente conservadora. E incluso reaccionaria, puesto que de las revoluciones y de los revolucionarios de este género han nacido los Estados más despóticos y los peores déspotas.

La misión de los anarquistas consiste, ante todo, en ser anarquistas en cualquier plano y lugar, en el plano moral, en el de la conducta personal; en el plano social, siendo elementos sociales, es decir, tratables, tolerantes, aun con el adversario. La tolerancia constituye el principal elemento de la sociabilidad. En la vida social se imponen transacciones mutuas. Saber ceder, aun sabiendo de que nos asiste la razón, es una necesidad social. Tener una mentalidad abierta es el mejor distintivo anarquista. Llamamos mentalidad abierta a no encasillarnos en nuestras concepciones juzgando erróneas o despreciables todas las demás. La mentalidad cerrada es una mentalidad de secta, jamás una mentalidad anarquista. El anarquista debe operar en todos los planos sociales y no solamente en las organizaciones de clase. El anarquismo no es un ideal clasista en el sentido marxista, sindicalista o pseudoanarquista de la palabra. Las clases económicas son artificiales y todo lo proletario no es lo mejor. Y por último, el anarquismo es fundamentalmente un movimiento de influencia, de educación, de capacitación, de orientación, con vistas más que a las formas y clases sociales, a la mentalidad que las produce.

Los que nos replican que el anarquismo se concretiza en el anarquista y que éste no es un dios sino un hombre de carne y hueso, sujeto a las mismas necesidades que todos los demás mortales, sin excluir las pasiones, y que la inhibición anarquista de ciertas obligaciones representa llanamente desviarlas hacia los demás, deben de tener presente que no hay aquí torre de marfil ni prejuicio aristocrático de ninguna clase. Y aun habiéndola, libres son los que apostrofan desde el llano, suponiendo que haya llano y alturas, de tomar el camino que conduce a la cumbre. Pues no hay barricada anarquista que les cierre el paso ni abajo ni arriba. Y si la hubiere no sería anarquista.

Abundan los aficionados a razonar en los siguientes términos: «Una cosa es la pureza del ideal y otra las rudas realidades que imponen muchas veces la necesidad ineludible de bailar al son de la música circunstancialista». Pero esta realidad se convierte en monstruosidad cuando de lo que en suma representa un hecho simple se sacan conclusiones comparables a la del cataclismo universal. Tal es la conclusión de que puesto que es imposible eludir ciertas realidades y hurtarse a ciertos contrasentidos, toda la vida es un contrasentido y éste su principio fundamental. De lo cual se deduce la negación absoluta de todo principio ético, de toda consecuencia ideológica y moral posible. Es así como han razonado y razonan todos los claudicantes que no tienen la sinceridad de llamarse tales; es así como razonan el fumador y el borracho empedernidos cuando pretenden justificar su vicio. Sin embargo, ¿qué sería de la humanidad si desapareciera de repente la casta de los hombres que, por encima de las crudas realidades, de las exigencias del bregar cotidiano y de todos los determinismos económicos, sociales, familiares y hasta particulares, y aun a sabiendas del tributo que ineludiblemente hay que pagarles, se esfuerzan por ignorar estos vínculos y tiranías y obran como seres inmateriales, como idealistas libres de toda traba, marcando continuamente al conjunto humano el verdadero rumbo y el verdadero puerto de la felicidad? ¿Qué sucedería de prosperar la actual mentalidad de escepticismo negadora de los valores morales del hombre, so pretexto de que se hace

un uso indebido de la misma; negadora del progreso por cuanto éste no ha producido otra cosa que el bienestar de los ricos?

El verdadero anarquista es el que cree que si la bondad, la moral, la libertad y el progreso no existieran habría necesidad de inventarlos. Y que siendo aquellos verdades como puños, la única forma de conseguir su plena realización es proceder consecuentemente, imperturbablemente, constantemente, con arreglo a estos principios, con absoluta despreocupación de los obstáculos y contrariedades de orden circunstancial. Es a lo permanente que visa el anarquista. Si el miedo a una derrota circunstancial puede poner en peligro todo el eterno futuro de nuestras ilusiones, venga en buena hora la derrota, que en resumidas cuentas no es derrota sino triunfo verdadero. Dicho en otros términos: si el miedo a perder una revolución aconseja sacrificar a esta revolución todo lo que significamos y valemos como movimiento de superación humana, venga en buena hora el sacrificio de la revolución y quede intacto el prestigio de las ideas. Por no haber sabido prever las consecuencias de pretendidos sacrificios circunstanciales, en desdoro de las ideas, hemos añadido a la balumba de factores que

reducen y ahogan la voz internacional del anarquismo uno de los principales en tanto que engendrado e incubado dentro de la propia morada: el oportunismo anarquista.

Y para terminar, nos resta decir que mal puede hablarse de la decadencia del movimiento anarquista y de su crisis de valores en medio de una época de decadencia general y de crisis de todos los valores. Hoy solo subsisten las doctrinas artificialmente protegidas por el cinturón de acero de los Estados totalitarios. Sin embargo, estas doctrinas, al parecer rebosantes de vitalidad, no son otra cosa que informe amasijo de huesos calcinados en el interior de la armadura de un guerrero muerto.

Cúmplase en buena hora la macabra profecía de los enterradores del anarquismo, desaparezca del mundo el último de esa raza de titanes y quedarán en pie, desafiando al tiempo y a todos los sofistas, las afirmaciones fundamentales de una doctrina basada en la más profunda filosofía de la libertad humana, dispuesta a ganar la última batalla aun después de muerta.

José PEIRATS



UNA ENFERMEDAD. - UN GATO Y UN MARQUES. - DOS ESPECTACULOS



CUANDO uno cae enfermo vienen los amigos y le dicen: «Disponga usted de mí como guste, amigo mío. Tendré mucha alegría pudiendo serle útil». Y se van. O mandan flores para que las pongan sobre la cómoda, siempre que no haya demasiado tufo a cadáver, que entonces mandan flores para los funerales.

Pero a Beatus no fué nadie a verlo porque había una epidemia llamada «la española», de la que se cantaban coplas por las calles.

El nombre verdadero de la epidemia no se sabía, pues el bacilo, por más que lo exhortasen a hablar los más bravos doctores, empeñábase en guardar celosamente el incógnito.

Por el modo como se comportaba cabía suponer que fuese un bacilo humorístico. Por lo general presentábase con el aspecto de un enfriamiento de los corrientes, y luego, de pronto, tomaba el cariz de muerte negra. Era además capaz de dejar con vida a una semicarroña, como Beatus, y de arrambar, como hizo allí mismo, en el piso de más abajo, con un hombretón enorme, cuya salud y corpulencia ponían admiración en el ánimo de Beatus.

¡Era de ver la unción con que el tal vecino, que era salchichero, cortaba sus lonchas de jamón con el descomunal cuchillo! ¡Y su manteca artificial!

Y, sin embargo...

¡Ah, pobre hombre...!

Como se había asegurado que la enfermedad se pegaba con sólo la respiración, había gente que salía a la calle con mascarilla.

Muchas de esas mujeres que venden los besos de su linda boca vieron despreciada su mercancía. Muchos «peces gordos», enriquecidos con la guerra, temíanle a «la española» más que a una revolución.

Uno de estos «peces gordos» había encargado una capota para su automóvil; pero le contestaron que por aquellos días los carpinteros sólo trabajaban en cajas de muertos, y con el tiempo, hasta los ataúdes se acabaron. Los sustituyeron con sacos. ¡Metían a los hombres en sacos, como hacen en Roma con las basuras!

Acerca de estas cosas departía Beatus casi donosamente con su médico, un pollo muy guapo, muy docto y muy amable. Porque Beatus tenía un poco de miedo a los hombres, y en cambio no se lo tenía a la muerte, pues se la había encontrado de manos a boca muchas veces en su camino, en enfermedades anteriores. Estaba acostumbrado a ella y hasta habían concluido los dos por saludarse.

—¡Ha ganado usted—le decía el médico—una gran batalla!

—¿Cuál?

—La que los fagocitos han reñido contra los misteriosos microbios de la «fiebre española».

Y a Beatus parecía cual si su cuerpo fuese la

madre tierra, que sostiene a tantos millones de combatientes sin advertirlo.

«He aquí a los leucocitos y a los fagocitos movilizadas para hacerle la guerra a «la española». Mi cuerpo es un campo de batalla. Aunque quizás sea que ¡como la muerte anda estos días tan atareada! Por lo demás, ya sabe donde tiene su casa».

Pero quizá fuese también obra de la señora doña Alicia, una inquilina de la casa, la cual fué y llevó a Beatus una taza de caldo, un huevo fresco y un alón de pollo cosas todas bastante raras entonces. Y la tal inquilina no sólo llevó el caldo y el alón de pollo, sino que le aseó la habitación y le mudó las sábanas del lecho y hasta le prestó unas suyas, porque sólo la Escolástica, su criada, sabía dónde estaba la ropa limpia, y si la había. Pero la Escolástica estaba ausente. Y entonces se le apareció a Beatus el Cristo que había visto en una iglesia antigua de la Romaña, y en su cerebro dábale vueltas esta pregunta: «Quis est proximus tuus?»

Cuando doña Alicia no podía ir, mandaba en su lugar a una chiquilla, hija suya, y a veces iban a verle las dos, y con sólo verlas ya había que sonreírse: la madre era una mujerona tan gruesa que obstruía con solo su persona todo el cuarto, siendo así que se llamaba Alicia, nombre que sugiere la idea de una figurilla gentil; la chica, en cambio, se llamaba Helena, el nombre de la gran hembra, y era chica raquítica, con su cuerpecillo que representaba diez años, la cara toda arrugadita y la barbilla puntiaguda; y llevaba unas melenillas negras y recortadas, atadas con un cintajo rosa. Parecía la imagen del Diablo Cojuelo en las antiguas viñetas de Le Sage. Pero tenía una infantil y dulcísima cantinela umbra con palabras llenas de sentido, por lo que Beatus, comparando aquel timbre de voz con el «ciacolar» de la Escolástica, pensaba que jamás San Francisco hubiera podido ser hijo del Veneto.

La formidable doña Alicia era una señora de la clase acomodada y precisamente de esa menospreciada tierra del Sur a la que llamaron los naturales del Norte «tierra loca» o «tierra bailarina». Solía invocar a los ídolos esos que se ven en Nápoles sobre las consolas, y ostentaba un pelo negro muy retepeinado y echado a la cara, de suerte que parecía como si no tuviera frente. ¿De modo, pues, que, no todo está en la frente?

La chica no era, a la verdad, hija suya legítima, sino adoptiva. La había recogido del arroyo, la había lavado, vestido y calzado, y le había prometido que si era buena y obediente la tendría a su lado hasta que se hiciese la primera comunión. Pero la chica no necesitaba que la reprendiesen; era muy discreta, lo entendía todo y, riendo, con aquellos ojos negriscos que le había dado Dios, miraba a Beatus, que se maravillaba de su tristeza. «Fie en mí, señor—decía—¡le he entendido, le he entendido!» Y era cierto. Como la Escolástica

habíase ido sin decir oste ni moste, aunque todavía seguía allí su ropa, la chica hacíalo ahora todo. «Usted no se mueva», le decía a Beatus. Y también iba a la farmacia, que estaba muy lejos, por las medicinas.

Pero una noche ocurrió que la chica tardaba mucho en volver. Había ido muy ufana por una medicina que sólo despachaban en una farmacia muy distante de allí, y eso por recomendación del médico; una medicina alemana, que rebajaba la fiebre sin atacar al corazón.

Y la ciudad era grande.

Anochece ya, y la chica sin volver.

—Ya vendrá—decía la mujer del Mediodía—. ¡No se pierda, no!

Pero la chica no volvía, y hasta la mujer del Mediodía acabó por sobresaltarse.

Y aguardaron en silencio.

Y se hizo de noche.

Y por último llegó la chiquilla. Reía y lloraba al mismo tiempo.

Refirió el lance.

Habíase perdido.

Y se le había hecho de noche, y aún no habían encendido el alumbrado público, y ella se había echado a llorar.

La gente se paraba a su alrededor y decía: «¿Qué pasa?» «Una chica que se ha perdido». Y seguían su camino. Entonces una señora muy hermosa, vestida de blanco preguntó que por qué lloraba. Ella le contó lo que le ocurría. «¡Oh, qué niña tan buena!», dijo la señora, y en un santiamén la condujo a su casa en coche.

—¿Y la medicina?

—Aquí la traigo.

Y no acertaba a decir cómo se había agenciado la medicina.

La oronda señora del Mediodía, que se hallaba sentada a la cabecera del enfermo, dijo:

—¡Vaya usted a saber! ¡Quizá fuera la Virgen!

Sabía muchas apariciones de la Virgen; siempre era una señora muy hermosa y vestida de blanco.

Una vez se le apareció en lo alto de un cerro a una pastorcilla y todas las ovejas se le habían arrodillado alrededor; otra vez apareció en agosto rodeada toda de nieve; y otra en invierno; cercada de lirios florecidos.

—¿Y por qué a mí no se me aparece?—preguntó Beatus.

—Dispense usted—dijo la señora del Mediodía con mucha discreción—, usted es un hombre bueno, pero no un inocente.

Aquella noche cedió la fiebre, como a veces amaina misteriosamente el viento del mar. ¿Sería que los microbios de la vida vencían a los de la muerte? ¿Sería la medicina alemana? Entonces, ¿por qué ese pueblo fabricó también los gases asfixiantes? Pregunta tras pregunta, como ola tras ola, llevaban a Beatus a un océano.

Quedóse dormido a eso del alba. Y entonces se le apareció otra vez aquel gran semblante de Cristo, cuyos labios se movían como si murmurasen: «Quis est proximus tuus?» Y tenía el Cristo levantados sobre él los tres dedos.

Por la mañana entró Helena en la alcoba de Beatus hecha unas Pascuas.

—Mire, señor, qué cosa tan bonita le he comprado. Verá usted qué buen caldo hago con ella. Y levantó en alto media cabeza de pavo, a la

que iba añadido un metro de gañote con verdugones azules y encarnados, y del que colgaba un alón.

—¡Siete liras, señor! Pero había una hembra mejor todavía.

Dióle Beatus gracias a la chica y púsose a calcular cuánto podía costar una pava entera. Pero en esto entró en la alcoba la chiquilla muy desconsolada.

—¡Ji, ji, señor, ya no tenemos pavo. Se lo ha comido el gato.

Beatus le dijo:

—Te distraerías.

—¿Que me distraería? ¡Si no había hecho más que echar la carne en la olla! De allí la ha sacado «Biagino». ¡«Biagino» es un ladrón!

—En nuestro idioma así se dice—observó Beatus.

Volvía Beatus a ver a «Biagino» cuando era pequeño y tanto le quería; surgía con inesperado rumor por entre los papeles y se acurrucaba sobre un libro de ciencia o se quedaba mirando lo que él hacía, como una damisela sentimental, con las manos metidas en manguito. Luego bajábase del infolio, encogiase de hombros, y extendiendo la zarpa, parecía interesarse por el libro que Beatus estaba leyendo.

—Tú ¡oh «Biagino»!, amaste mucho los libros, mi despacho y mi persona.

«Tu calorcillo», hubiera respondido «Biagino».

—¡Qué raro es este aparato del cerebro que da color sentimental a las imágenes!

Volvió la chica y dijo:

—«Biagino» sale también a robar fuera de casa. El marqués del primer piso le lanza un puntapié cada vez que se lo encuentra en la escalera. Pero «Biagino» es muy listo, y en cuanto ve al marqués echa a correr como si se lo llevaran los diablos.

Aquel pormenor desagradó a Beatus. Sí; «Biagino» es un ladrón y un criminal, pero el marqués sabe que es propiedad suya; y el puntapié que hace intención de darle a «Biagino», es como si se lo diera a él en persona. ¡Qué difuso es el sistema nervioso de la propiedad! ¡Y, además, un marqués que da puntapiés! ¡Si, en un principio daban puntapiés; pero tomaron el nombre de marqueses, barones y condes cuando ya no daban mordiscos ni puntapiés!

La chica volvió por tercera vez loca de alegría. La Escolástica había vuelto. Estaba charlando abajo con doña Alicia.

La Escolástica volvió a la casa. Beatus no dijo esta boca es mía; ni ella tampoco.

Luego Beatus se sintió ya bien, prometió a la chica convidarla a comer en el restaurante y después a una sesión de cinematógrafo. La meridional doña Alicia le rogó que aguardase hasta que le pudiera cosiquear una zapatilla y arreglarle un sombrero a fin de que no hiciera mala figura al lado del caballero. Beatus dijole a Escolástica que le comprara un par de batas, regalo de gran valía en aquellos tiempos.

El primer día que Beatus salió a la calle, notó al bajar la escalera olor a ácido fénico. Procedía de la blasonada puerta del marqués que vivía en el primer piso.

«¿Por qué habrá esta peste?», preguntóse Beatus.

Pero el marqués, que salía a la sazón, dióle la respuesta.

El marqués, el que daba puntapiés, encontrése de manos a boca con Beatus, pues ambos eran de la misma estatura, así como de la misma edad; y siendo todavía cosa incierta quién es más, si un marqués o un caballero, saludáronse los dos al mismo tiempo.

—¿Pero ya está usted bien?—dijo el marqués, no sin cierto asombro—. La portera...

—Adelanta la historia—continuó Beatus—y habrá divulgado la noticia de mi muerte.

—Eso, precisamente, no—respondió el marqués—; pero mi señora, la marquesa, se impresionó muchísimo. Teníamos intención de irnos a nuestras tierras, mas también allí hace estragos la enfermedad. ¡Mira, decíamos, esta casa es la única que se conserva inmune...!

—Y enfermé yo. Crea usted que verdaderamente lo siento...

—¡Claro! Y ahora mi mujer echa ácido fénico en la escalera.

El señor marqués hablaba con dignidad, recalcando las palabras, de suerte que no se perdiera ninguna.

De modo y manera que Beatus no era para la señora marquesa sino un agente de infección; un tío porta bacilos que asustaba a una dama. ¿Que habría pasado si la hubiera asustado con su feroz bajando por la escalera?

—Le ruego—dijo Beatus—que le presente mis excusas a la señora marquesa.

En aquel instante asomó por el hueco de la escalera el propio «Biagino»; pero no bien hubo visto al marqués, desapareció como una flecha.

—¡Ah, señor caballero!—dijo el marqués—. ¡Ese gato es un bandido!

Y lo dijo con un retintín que no parecía sino que quería dar a entender que también su amo compartía la condición bandolera.

—Le contaré una sola de sus hazañas, que vale por todas—continuó el marqués—. La marquesa, mi mujer, había comprado un kilo de salmónes de los escogidos. ¡Y ya sabe usted lo que cuesta hoy un kilo de salmónes escogidos! Pues bien; nos salimos a dar un paseo con nuestro huésped, el diputado del distrito. La criada disfrutaba del descanso dominical. Habíamos dejado los salmónes limpios y aderezados en un plato. ¡Pues al volver a casa ya habían desaparecido!

Hizo aquí una pausa el marqués, a fin de que Beatus paladease toda la mortificación de ser no sólo el agente de la «epidemia española», sino también el propietario de «Biagino».

—Y debo advertirle—siguió diciendo el marqués—que nuestro huésped, que es también un abogado de los de campanillas, nos hizo observar que el Código registra ese caso en el artículo 429, que dice: «Está exento de pena, y por eso es lícito matar o, de otro modo, dejar inservibles a los animales que pertenecen a otro, siempre que se les sorprenda haciendo daño». Sólo que nosotros no habíamos sorprendido a «Biagino»; y por deferencia a usted...

Escuchó Beatus la cita del Código en que se dice «es lícito matar» como si estuviera distraído. Dióle las gracias al marqués por la deferencia, y respondió reconociendo que efectivamente había hecho mal en poner su afecto en «Biagino».

Así me gusta—contestó el marqués—; y seguramente aquel era el principal argumento de su co-

loquio, pues despidióse en seguida, diciendo con una sonrisa que les hizo dar media vuelta a todas las arrugas de su cara:

—Perdóneme usted si en momentos como los presentes no le doy la mano.

Beatus echó a andar por la derecha y el marqués por la izquierda, con un pasito menudo, como si fuera pisando huevos.

Siguióle Beatus con la vista y quedóse muy sorprendido con este pensamiento que le asaltó:

«Muy bien hecho, «Biagino», bravo bandolero. Quitale también sus tierras».

—Ea, querido caballero, ya está lista la mona—dijo a Beatus la mujer del Mediodía, presentándole a Helena.

La desventurada, vestida de señorita, hacía un efecto sorprendente; estaba más fea que del otro modo.

—Ahora, dime, hija mía, ¿a dónde querías ir?—le preguntó Beatus.

Brilláronle de alegría los ojos a la chica, y respondió:

—Primero, al cinematógrafo, pero a ese donde está la...

Y la muchacha pronunció un nombre de mujer.

¡Desventurado de Beatus Renatus! Conocía muchas cosas, pero ignoraba aquel nombre de mujer. Era una Diosa; esto es, un Diva del arte moderno. Pareció a todos inverosímil tamaña ignorancia.

La chica, con ayuda de la señora, dióle a Beatus las explicaciones necesarias.

Después del cinematógrafo con aquella señora Diosa, declaró la niña que le gustaría entrar dentro de aquellos—y no sabía cómo decirlo—que se ven detrás de una verja al pasar por el Corso; a donde van los señores, pero los señores de veras.

Se ven alfombras detrás de la verja; sobre las alfombras, butacas; sobre las butacas, almohadones; y sobre los almohadones, señores. Allí juntito están las mesas, y sobre las mesas las tazas y los dulces.

Las señoras parecen estatuas; pero fuman.

Quería decir la chica un «tea-room» o un «hall» de fonda grande, de los que hay muchos en el Corso.

Beatus la llevó a uno y otro sitio.

Pero, a decir verdad, antes de ir al cinematógrafo, tuvo Beatus sus escrúpulos.

Los carteles decían que dentro se representaban «Los siete pecados capitales», «Soberbia», «Lujuria»... etc., y ¡llevar a eso a una niña!

—¡Pero si todas van!—dijo la muchacha.

Es verdad. Y luego, ¡que hubiera tenido que dar explicaciones de por qué no quería llevarla!

Al comenzar el espectáculo, asombróse Beatus del asombro con que todos parecían asombrarse a la vista de aquella Diva. Todos la conocían y la nombraban. Y acudieron en su memoria los años del pasado, cuando se creía en otras diosas y otros dioses: el Honor, la Dulzura, la Templanza, la Piedad, y demás zarandajas por el estilo.

Parecióle que aquella Diosa que se tiraba por los suelos, se retorcia y desesperaba en la blanca pantalla, representaba para la muchedumbre como una excelsa conquista. Le pareció así, porque en el local había muchos soldados ingleses, y la orquesta tocó aquello de «It's a long way to Tipperary».

¡Ah, sí! ¡Hay mucho que andar hasta llegar a Tipperary!

En la sala de té el estupor fué mayor aún. También había allí muchedumbre, pero de otra índole. En vez de soldados, oficiales, todavía más flamantes; muchos ingleses y franceses, jóvenes y muy guapos. Hermosísimas mujeres. Mucha compostura. Cierta inmovilidad como de ídolos. Parecióle a Beatus haber entrado en una de esas barracas de ferias, llamadas «museos antropológicos», que se estilaban antiguamente y donde se veían figuras de cera de tamaño natural. Y aquellas figuras vivas antojáronsele antiquísimas y muertas.

Pero la chica, con su dedito, señalaba a Beatus las grandes maravillas que no conocían sus ojos: las plumas, los penachos—¡oh, que penachos tan raros!—, los zapatitos visibles, más que por sí por cierto fulgor de diamantes, y las capitas negras, los hombros desnudos, las manos de cera...

—Están fumando, están fumando—decía la muchacha.

Y lo hacía con la misma alegría con que hubiera dicho: «La muñequita anda, la muñequita abre los ojos».

También decía:

—Ahora se lleva esto; aquello no se estila ya.

¿Cómo sabía la chiquilla todas esas cosas?

Pero si la pequeña estaba muy contenta, Beatus sentía una misteriosa tristeza. Sólo veía los grandes semblantes meretrícios y el lento girar de los maravillados ojos. Mas ya fuese por efecto de los extraños peinados o del contraste con las grandes frentes calvas de los retratos de su despacho, todas y todos parecíanle como decapitados de la frente.

Estaban las paredes de la sala formadas por espejos, donde las hermosas damas y los hombres guapos multiplicábanse por reflexión. Beatus vióse también en el espejo, y lo mismo la chica.

—¡Qué feos somos los dos! ¡Qué feísimos somos!

Y era verdad que él y la chica representaban al pitecantropo de donde saliera la Humanidad; y aquella gente magnífica representaba la perfección de la llegada. Pero no tenían frente. Por lo que Beatus díjole a la muchacha:

—¡El más guapo de cuantos hay aquí soy yo!

—¡Oh!—exclamó la muchacha estupefacta, y miró a Beatus.

—Te lo digo en serio: el más guapo de cuantos hay aquí soy yo.

No tuvo valor la chica para decirle que no, pero miró a Beatus con tales ojos, que éste recordó la mirada de la Escolástica y sus sentencias. «Es un chiflado, lo dicen todos».

¡Oh, Beatus! ¡Hombre lleno de vanidad! ¡Quizá hubieras podido pasar por guapo en los tiempos del manual de Epicteto. Te has hecho el tocado por dentro de la frente, y eso es por fuera. ¡Oh, hombre al margen de la Humanidad!

De pronto descompúsose aquella elegante compostura, y Beatus se preguntó:

«¿Ha nacido alguna nueva religión de la que yo no tengo noticia?»

Todas—dijo la muchacha—llevan al lado su novio.

Una señorita estaba sentada a una mesa en compañía de dos novios y otra señorita tenía tres.

Quedóse estupefacto Beatus al oír la observación de la muchacha.

El timbre de su voz era de adoración y de beatitud.

Próximos a su mesa estaban sentados dos de aquellos «novios» en compañía de una señorita. Eran muy jóvenes los tres y sorbían el té con mucha gracia. Con mucha gracia. Uno les encendía con mucha gracia al otro y a la otra el cigarrillo. Recordó Beatus el tiempo aquel en que los trabajadores, por las mañanas, bebían religiosamente su copita y encendían su pipa. Pero ¡qué movimientos eran aquéllos, tan extraños, que hacían los dos pollitos delante de la señorita? Aun estando inmóviles, los dos alargaban la cara y recogían la frente en una actitud de idiotas. Y ambos, en esa actitud, parecían ofrecerse al examen de la señorita. Luego, ambos, competían en lo de proferir palabras de una gracia idiota:

—¿Te he gustado, señorita?

—¿Te he gustado más yo?

La señorita reía con dulzura.

Entre el público que estaba sentado y el que pasaba por la acera no había sino una cristalera enorme. Algunos ojos miraban por entre los repliegues de las cortinas.

«Hacedlas pedazos», dijo para sí Beatus; pero luego pensó: «No las harán pedazos sino para hacer ellos después lo mismo».

Alfredo PANZINI



MAS ALLA



SOS que están sentados a una mesa donde hay flores y ánforas de vino, y que preside un viejo hermoso y sereno como un dios; ésos que beben mas no dan muestras de contento; ésos que suelen levantarse a consultar la altura del sol, y a veces se enjugan una lágrima, son los discípulos de Gorgias. Gorgias ha enseñado, en la ciudad que fué su cuna, nueva filosofía. La delación, la suspicacia, han hecho que ella ofenda y alarme a los poderosos. Gorgias va a morir. Se le ha dado a escoger el género de muerte, y él ha escogido la de Sócrates. A la hora de entrarse el sol ha de beber la cicuta; aún tiene vida por dos más, y él las pasa en serenidad sublime, rector de melancólica fiesta, donde las flores acarician los ojos de los convidados, que el pensamiento enciende con luz íntima, y un vino suave difunde el soplo para el brindis postrero. Gorgias dice a sus discípulos: «Mi vida es una guirnalda a la que vamos a ajustar la última rosa».

Esta vez, el placer de filosofar con gracia, que es propio de almas exquisitas, se realzaba con una desusada unción. —Maestro—dijo uno—, nunca podrá haber olvido en nosotros, para ti ni para tu doctrina. —Otro añadió:—Antes morir que negar cosa salida de tus labios. —Y cundiendo este sentimiento hubo un tercero que propuso: —Jurémosle ser fieles a cada una de sus palabras, a cuanto esté virtualmente contenido en cada una de sus palabras; fieles ante los hombres y en la intimidad de nuestra conciencia; ¡siempre e invariablemente fieles!...—Gorgias preguntó al que había hablado de tal modo: —¿Sabes, Lucio, lo que es jurar en vano? —Lo sé, repuso el joven; pero siento firme el fundamento de nuestra convicción; y no dudo de que debamos consolar tu última hora con la promesa que más dulce puede ser a tu alma.

Entonces Gorgias comenzó a decir de esta manera:

—¡Lucio! Oye una anécdota de mi niñez. Cuando yo era niño, mi madre se complacía tanto en mi bondad, en mi hermosura, y sobre todo, en el amor con que yo pagaba su amor, que no podía pensar sin honda pena en que mi niñez y toda aquella hermosura pasaran. Mil y mil veces la oí repetir: «¡Cuánto diera yo porque nunca dejases de ser niño!...» Se anticipaba a llorar la pérdida de mi dulce felicidad, de mi bondad candorosa, de aquella belleza como de flor o de pájaro, de aquel amor único, merced al cual sólo ella existía en la tierra para mí. No se resignaba a la idea de la obra ineluctable del tiempo, bárbaro numen que pondría la mano sobre tanto frágil y divino bien, y desaharía la forma delicada y graciosa, y amargaría el sabor de la vida, y traería la culpa allí donde estaba la inocencia sin mácula. Menos aún se avenía con la imagen de una mujer futura, pero cierta, que acaso había de darme penas del alma en pago de amor. Y tornaba al pertinaz deseo: «¡Cuánto daría porque nunca, nunca, dejases de ser niño!...» Cierta ocasión oyóla una mujer de Te-

salía, que pretendía entender de ensalmos y hechizos, y le indicó un medio de lograr anhelo tan irrealizable dentro de los comunes términos de la naturaleza. Diciendo cierta fórmula mágica, había de poner sobre mi corazón, todos los días, el corazón de una paloma, tibio y mal desangrado aún, que sería esponja con que se borraría cada huella del tiempo; y en mi frente pondría la flor del iride silvestre, oprimiéndola hasta que soltase del todo su humedad, con lo que se mantendría mi pensamiento limpio y puro. Dueña del precioso secreto, volvió mi madre con determinación de ponerlo al punto por obra. Y aquella noche tuvo un sueño. Soñó que procedía tal como le había prescrito, que transcurrían muchos años, que mi niñez permanecía en un ser; y que favorecida ella misma con el de alcanzar una ancianidad extrema, se extasiaba en la contemplación de mi ventura inalterable, de mi belleza intacta, de mi pureza impoluta... Luego, en su sueño, llegó un día en que ya no halló, para traer a casa, ni una flor de iride ni un corazón de paloma. Y al despertarse y acudir a mi, la mañana siguiente, vió, en lugar mío, un hombre viejo ya, adusto y abatido; todo en él revelaba un ansia insaciable; nada había de noble ni de grande en su apariencia, y en su mirada vibraban relámpagos de desesperación y de odio. «¡Mujer malvada!—le oyó clamar, dirigiéndose a ella con airado gesto—, me has robado la vida, por egoísmo feroz, dándome en cambio una felicidad indigna, que es la máscara con que disfrazas a tus propios ojos tu crimen espantable... Has convertido en vil juguete mi alma. Me has sacrificado a un necio antojo. Me has privado de la acción, que ennoblece; del pensamiento, que ilumina; del amor, que fecunda... ¡Volveme lo que me has quitado! Mas ya no es hora de que me lo vuelvas, porque este mismo es el día en que la ley natural prefijó el término a mi vida, que tú has disipado en una miserable ficción, y ahora voy a morir sin tiempo más que para abominarte y maldecirte...»—Aquí terminó el sueño de mi madre. Ella, desde que lo tuvo, dejó de deplorar la fugacidad de mi niñez. Si yo aceptara el juramento que propones ¡oh Lucio! olvidaría la moral de mi parábola, que va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez para siempre; contra la fe que no admite vuelo ulterior al horizonte que desde el primer instante nos muestra. Mi filosofía no es religión que tome al hombre en el albor de la niñez, y con la fe que le infunde, aspire a adueñarse de su vida, eternizando en él la condición de la infancia, como mi madre antes de ser desengañada por su sueño. Yo os fui maestro de amor; yo he procurado daros el amor de la verdad que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros, como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin mira de agotar al mar su tesoro. Mi filosofía ha sido madre para vuestra conciencia, madre para vuestra razón. Ella no cierra el círculo de vuestro pensamiento. La verdad que os haya dado con ella no os cuesta esfuerzo, comparación, elección: sometimiento libre y responsable del juicio, como os costará la que por

vosotros mismos adquiráis, desde el punto en que comencéis realmente a vivir. Así, el amor de la madre no le ganamos con los méritos propios: él es gracia que nos hace la Naturaleza. Pero luego otro amor sobreviene, según el orden natural de la vida, y el amor de la novia, éste sí, hemos de conquistarlo nosotros. Buscad nuevo amor, nueva verdad. No os importe si ella os conduce a ser infieles con algo que hayáis oído de mis labios. Quedad fieles a mí, amad mi recuerdo en cuanto sea una evocación de mí mismo, viva y real, emanación de mi persona, perfume de mi alma en el afecto que os tuve; pero mi doctrina no la améis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano. Las ideas llegan a ser cárcel también, como la letra. Ellas vuelan sobre las leyes y las fórmulas; pero hay algo que vuela aún más que las ideas, y es el espíritu de vida que sopla en dirección a la Verdad...

Luego, tras breve pausa, añadió:

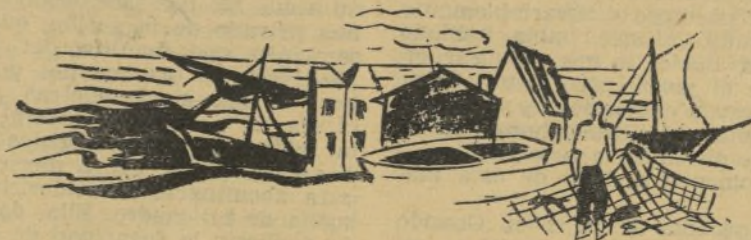
—Tú, Leocipo, el más empapado en el espíritu de mi enseñanza: ¿qué piensas tú de todo esto? Y ya que la hora se aproxima, porque la luz se va

y el ruido del mundo se adormece: ¿por quién será nuestra postrera libación? ¿Por quién este destello de ambar que queda en el fondo de las copas?...

—Será, pues—, dijo Leucipo—, por quien, desde el primer sol que no has de vernos, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie adelante de tu última huella, y la frente aun más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos, si alcanzamos a tanto, o alguno de nosotros, o un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática o ejemplo. Y si mostramos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte: Maestro, ¿por quien te venza, con honor en nosotros!

—¡Por ese!—dijo Gorgias; y manteniendo en alto la copa, sintiendo ya el verdugo que venía, mientras una claridad augusta amanecía en su semblante, repitió: ¡Por quien me venza con honor en vosotros!

J. E. RODO



EL MOVIMIENTO MAKHNOVISTA EN LA REVOLUCION DE UKRANIA

IV Y ULTIMO

NESTOR MAKHNO Y EL MOVIMIENTO ANARQUISTA



O es posible dar fin al análisis del movimiento insurreccional makhnovista sin dedicar un capítulo a quien fué uno de los principales protagonistas de este importante acontecimiento, a quien fué su animador directo e incluso le dió su nombre: Nestor Makhno.

Durante largo tiempo circularon por Europa versiones diversas e inexactas acerca de la vida y la actividad de este militante, basadas unas en la fantasía y otras en el afán de mixtificar las cosas. Incluso en Rusia eran muchísimos los que no le conocían con precisión, si no a través de los informes defectuosos y deformados que por interés propio lanzaba a la circulación el gobierno de los Soviets. Así fué como, en 1921, en tanto me hallaba en Rusia, me fueron proporcionados datos completamente inexactos que sólo pude rectificar más tarde al entrar en relaciones directas con el propio Makhno. En muchas de las conversaciones que entonces tuve con él, sobre todo en Berlín y en París (1), Makhno me habló de su vida y de las dificultades que tuvo que vencer para dar cuerpo, valor y forma al movimiento insurreccional ucraniano.

Lo que se sabía con certeza desde los primeros momentos era que los bolcheviques le habían sometido siempre a una guerra despiadada y que era suficiente que alguien fuera tachado de makhnovista para que se le fusilara inmediatamente. A propósito de esto recuerdo que en la campaña sostenida por un grupo de delegados al primer Congreso de los Sindicatos Rojos (1921), en la discusión pública que se planteó por la liberación de los anarquistas—que en aquellos momentos se hallaban detenidos en gran número—y después de una intervención de Bukarin, que para defender las medidas represivas del gobierno de Moscú acusó a todos los anarquistas de bandidos que luchaban armas en mano contra él, el sindicalista Sirolle el único que logró hacer uso de la palabra, porque hubo quien tuvo cuidado de pedir el cierre del debate antes de que el propio Bukarin comen-

zase a hablar y de que pudiera saberse lo que iba a decir se vió obligado a exponer el problema, de una manera general e incluso, como resultado de la confusión de noticias, y de las situaciones forzadas, a echar «por la borda» a los makhnovistas.

He aquí lo que Sirolle manifestó en su discurso:

«Compañeros: Por nuestra parte no hubiéramos deseado que esta discusión se planteara en el Congreso. Desde que llegamos a Rusia hemos desplegado todas nuestras actividades para obtener la aceptación de nuestra petición de una amplia amnistía en favor de los compañeros anarquistas. Esta petición corresponde al mandato de confianza que sobre este problema nos han conferido las grandes organizaciones obreras.

«Nos hemos puesto de acuerdo con los compañeros de la delegación española, con los de la Unión Sindical Italiana, con los del Canadá, con los del K.A.P.D., e incluso con Tom Man, para constituir una Comisión encargada del estudio de los casos particulares con objeto de someter al gobierno de los Soviets nuestra petición de amnistía. A este fin nos hemos puesto en contacto con los miembros responsables de este gobierno; hemos hablado de esto con el compañero Lenin y le hemos trazado, a grandes líneas, las disposiciones que se podrían tomar. A raíz de nuestras gestiones se encargó al compañero Lunacharski que nos recibiera para tratar de resolver esta cuestión por el bien de los intereses comunes.

«En presencia del delegado del movimiento anarquista ruso hemos llegado a convenir las modalidades de una eventual liberación de los detenidos. Fué convenido que esta debía quedar en conocimiento exclusivo de este pequeño círculo, sin trascender al exterior. Y si por nuestra parte nos hemos visto obligados a plantear esta cuestión al Congreso, y la contrarrevolución mundial puede aprovecharse de ello, la responsabilidad recae sobre quienes han obligado a traer la discusión a este tribunal, y no sobre nosotros, por incumplimiento de su palabra.

«Sentada esta premisa manifestamos que nuestra declaración y nuestra protesta se basan en algo verdaderamente concreto. No es cosa de establecer contrastes ni diferencias entre el movimiento anarquista francés, el español, el italiano o el movimiento anarquista ruso. La anarquía es una

(1) «Conversando con Nestor Makhno», U. Fedeli. (Revista «Volontà», Nápoles, año 2, No 2, 1º de agosto 1947.)

concepción filosófica cuya ideología es «la misma» en todos los países. No hay anarquistas y... anarquistas. Aquí, en Rusia, se asocia todo el movimiento anarquista al movimiento de Makhno. Tengo que manifestar, porque es una realidad profunda, que no todos los anarquistas rusos pertenecen al movimiento de Makhno, que algunos, por su parte, condenan, y que, por lo tanto, cuando nosotros elevamos una petición en favor del movimiento anarquista, lo hacemos por aquellos que corresponden al movimiento filosófico e ideológico, por aquellos anarquistas que se encontraron a la cabeza de las primeras luchas revolucionarias, que participaron en todas las batallas, que ingresaron en las organizaciones soviéticas y que intentaron hacer conocer su criterio porque era su propio deber, porque la revolución es proletaria y ellos pertenecen a la clase proletaria.»

De las palabras de Sirolle resaltaba que no todos los anarquistas rusos participaban en el movimiento makhnovista, y que incluso algunos de éstos lo condenaban. Y esto no era solamente «una manera de decir», con objeto de lograr liberar la mayor cantidad posible de anarquistas detenidos: era un dato real (2). En el segundo Congreso de la Confederación de los anarquistas de Ucrania, realizado en marzo-abril de 1919, rodeado de extremas dificultades que impidieron a muchos grupos hacerse presentes, se trató del problema del movimiento insurreccional de los campesinos makhnovistas. Algunos delegados afirmaron que el makhnovismo debería ser el preludio de la tercera revolución, otros criticaron vivamente este movimiento y el resultado de la discusión fué fijado en una resolución en la que se establecía una distinción entre el makhnovismo y el movimiento anarquista. Pero sobre todo se decidió: «Que se diera continuidad a la labor clandestina, pero que, en cuanto fuera posible, se utilizaran todas las oportunidades para poder reemprender una actuación legal.»

En una de las conversaciones que tuve con Makhno (3), me confirmó y me explicó este hecho:

«Ciertamente, el movimiento insurreccional ucraniano o makhnovista ha tenido—y sobre todo ahora que ha caído—muchos enemigos, inclusive en el campo anarquista. Qué quieres, cuando éramos fuertes y nuestro movimiento se imponía por su amplitud e importancia, los amigos eran numerosos y eran muchos también los que aun no hallándose completamente de acuerdo con nosotros nos brindaban repetidas muestras de amistad. Recuerda en estos momentos—por hablar solamente del

compañero que, entre otros, ha dado lugar a esta aclaración—a Levandovski (4). Estuvo sólo dos días entre nosotros, aprovechando unos momentos en que venir a la región de Gulae-Pole no implicaba una contravención para la autoridad bolchevique, porque eventualmente se nos consideraba como «amigos» o como «aliados». Cabe decir que por nuestra parte nos sentíamos contentos cada vez que algún compañero venía a vernos. Incluso lo pedíamos siempre, ya que teníamos una gran necesidad de valores intelectuales para la labor de propaganda entre las masas campesinas que nos seguían o que simpatizaban con nosotros.

»Como decía, Levandovski vino a vernos y nos presentó un gran proyecto para la creación de una Universidad anarquista que podría constituirse en un centro importante de Rusia. Pero tal realización requería fondos, muchos, cinco, diez (tal vez más) millones de rublos.

»El proyecto de Levandovski era interesante, pero nosotros no podíamos hacer nada por él. Hubiera sido tanto como comenzar a construir sobre arenas movedizas; de un momento a otro éstas hubieran podido sepultar todo cuanto hubiésemos erigido a base de inmensos sacrificios; tan difícil era la situación y tan insegura la veíamos nosotros mismos.

»Nosotros veíamos con claridad que la alianza con los bolcheviques era estrictamente temporal que no podía ser de otra manera y que solamente podía durar en tanto que se mantuviera en pie el peligro representado por la reacción que nos amenazaba a todos. Alianza que duró menos aún de lo que nosotros mismos, con todo nuestro pesimismo, habíamos llegado a pensar.

»Pocos fueron los compañeros que se manifestaron de acuerdo con la proposición de Levandovski. a causa de que la mayoría pensaba que, aunque su realización se hubiere podido llevar adelante, la obra habría sido inevitablemente demolida por nuestros enemigos. Pero hubo aún otra razón que nos indujo a no aceptarla. Cuando Levandovski vino a vernos yo me encontraba gravemente herido en una pierna y me hallaba obligado a arrastrarme con muletas (razón por la cual me encontraba en Gulae-Pole), por lo que pude participar en las discusiones que provocó el proyecto entre los compañeros y el propio Levandovski.

»Llegado a Gulae-Pole, Levandovski nos pidió que convocáramos al Soviet de la Región para poder presentar su proposición, acompañada de una petición de fondos (diez millones de rublos) para crear una Universidad anarquista en Carcoff.

»Yo pedí la palabra inmediatamente después de Levandovski, deseando se aclarara una cuestión que me parecía de gran importancia, y dije más o menos lo siguiente: Nosotros ocupamos una región de cerca de 200 kilómetros de profundidad y unos 300 kilómetros de largo. Se hallan con nosotros millones de campesinos y casi no tenemos escuelas: carecemos de hombres que quieran—y que puedan—ayudar a esta masa a elevarse culturalmente; y tú, que vienes de la ciudad en donde existen ya numerosas posibilidades de aprender; tú, que po-

(2) «Fué para nosotros muy extraño que la mayoría de los anarquistas de la época, que pretendían haber asumido un papel preponderante en el terreno del pensamiento anarquista, no supieran distinguir los aspectos de la personalidad de Makhno. Muchos de ellos le observaban y le juzgaban a través de las antiparras bolcheviques, fundamentándose en las noticias oficiales, o bien se entretenían en detalles nimios. Kropotkin constituyó una excepción reveladora, contraria a la manera de ver general. «Decid de mi parte al compañero Makhno que tenga mucho cuidado por su propia vida, pues en Rusia hay muy pocos hombres como él». Estas palabras fueron dichas por Kropotkin en el mes de junio de 1919, es decir, en los momentos en que en Rusia Central no se sabía gran cosa sobre Makhno, salvo lo que hacían correr las noticias oficiales desnaturalizadas.»—Archinoff. «l'Histoire du Mouvement Makhnoviste», páginas 363 y 364.

(3) «Conversando con Nestor Makhno».

(4) «El movimiento anarquista ruso durante la revolución», por Levandovski. (Publicado en italiano en la revista «Pensiero e Volontà», dirigida por Errico Malatesta. Roma, 1º de agosto 1925.)

drias aportarnos una amplia contribución, que podrías ayudarnos ampliamente en esta labor, vienes a nosotros con el único fin de pedirnos dinero para crear una nueva Universidad en Carcoff.

»Pero, ¿por qué precisamente, en Carcoff?

»Porque es un centro importante, nos contestas.

»Pues no. Nosotros no queremos que se continúe en la repetición del error centralista cometido por muchos descentralizadores, por muchos compañeros para quienes la más grande preocupación consistió en llevar a la capital la sede orgánica y todas las actividades de la propaganda. Mira, si no, a Moscú. Todo se halla en Moscú: la Federación Anarquista, «Golos Truda», etc. Todo... Lo poco que aún queda se halla allí y en cambio las provincias se hallan completamente abandonadas. Y asimismo el campo, en el que ciertamente, sería mucho más necesaria nuestra propaganda y, en el fondo, de más resultados que en la propia ciudad.

»Sí, amigo, sí, construye una Universidad. Pero hazla aquí, entre esta gente, entre estos campesinos que tienen mucha necesidad de aprender; si, crea alguna cosa tendente a elevar, a educar a esta masa, y nosotros daremos todo cuanto nos sea posible.

»Este razonamiento enfrió mucho el entusiasmo de Levandovski; el hecho es que, en lugar de quedarse entre nosotros para trabajar juntos a los campesinos insurrectos, a fin de infundirles una conciencia y un sentimiento revolucionario más profundos y más anarquistas por el hecho de que se le negaron los fondos requeridos se marchó. Y ahora dice que «el movimiento makhnovista causó mucho mal al movimiento anarquista».

Queda así establecido un aspecto de los contrastes de aquellos momentos, pero, como digo más arriba, fué solamente en 1921, al llegar a Rusia algunos militantes anarquistas cuando se halló la manera de documentarse. Y entonces se comenzó a tener una idea más precisa acerca de Makhno y del movimiento makhnovista y fué éste mejor conocido fuera de Rusia. Se supo entonces que Makhno no había sido nunca un maestro de escuela, como se decía, sino un simple campesino, hijo de una familia menesterosa y nacido en 27 de octubre del 1889. A los 16 años había ingresado en el movimiento revolucionario. Tomó parte en los primeros movimientos revolucionarios de 1905 y de 1908 y a raíz de un atentado fué detenido y condenado a muerte. Gracias a sus pocos años se le conmutó la pena por la de trabajos forzados a perpetuidad.

Y es en la prisión, en contacto con otros condenados sociales y políticos (algunos de ellos, como por ejemplo Archinoff, tendrá más tarde un haber importantísimo en la lucha insurreccional) donde estudia y se hace anarquista, al mismo tiempo que contrae la tuberculosis, enfermedad que le arrancará la vida siendo aún joven, en 1934, hallándose refugiado en París, diez años después de haber logrado huir de Rusia.

Habiendo sido destrozado el movimiento insurreccional, por la acción bolchevique, Nestor Makhno, que sufría heridas aún recientes, abandona Rusia y se refugia en Rumania, país en que le internan inmediatamente en un campo de concentración. Después de varios meses, logra huir del campo de

concentración rumano y se refugia en Polonia. No gana nada en el cambio, pues halla allí un campo de concentración aun más terrible que el anterior. Finalmente, después de otra fuga en la que es ayudado por aquellos de sus compañeros que habían logrado llegar a Alemania, va a Danzig y luego a Berlín. Reunido a sus viejos compañeros de lucha reaparece esta vez con la pluma, la labor iniciada en Rusia con las armas.

Después de Berlín pasa a París, donde logra establecer una vida más tranquila, pero sometida a la miseria. Comenzó entonces a publicar sus «Memorias» y llegó a compilar tres volúmenes. Solamente uno el primero, fué traducido al español y al francés (5). Los otros dos se hallan aún en ruso. Obra importante que la muerte prematura truncó en el periodo de 1917-1918, justo en los comienzos del movimiento que tomó su nombre.

Pero la vida de Makhno se halla descrita con mayores detalles en el libro de Archinoff (6). Por nuestra parte, sólo hemos de detenernos en algunos aspectos, sobre todo en los que conciernen a sus relaciones con los anarquistas (7).

Vivía en él un deseo latente de saber, de aprender. Por eso consideraba—en lógica consecuencia—que era necesario sembrar la cultura a manos llenas, entre los campesinos insurrectos de Ucrania. Por esta razón trató siempre de atraer hacia su movimiento a hombres que supieran aportar la contribución de sus conocimientos y que se hallaran en condiciones de transmitirlos por la palabra o por la pluma. Por eso me decía, en otra conversación que tuvimos (8):

«Vinieron muy pocos intelectuales hacia nosotros, que éramos casi todos obreros o campesinos. Uno de los pocos compañeros capacitados, que durante cierto tiempo se halló en nuestra región, fué Volin (Eichenbaum). En el mes de agosto de 1920 Volin, Ossip, el Emigrado y otros delegados de la organización del «Nabat» salieron de Kiev en dirección de Odesa. Durante su viaje cayeron prisioneros en poder de las tropas de Petliura. La noticia de la detención de estos compañeros se extendió por toda la comarca, llegando hasta las regiones en que los insurrectos makhnovistas sostenían la lucha contra todas las fuerzas de la reacción, que asumían nombres diversos en pos unas de otras. Apenas tuvimos conocimiento del hecho hicimos llegar una delegación nuestra hasta el lugar en que se encontraban prisioneros y, con la colaboración de los campesinos del lugar, se logró arrancar los detenidos de las garras de los representantes de los grandes propietarios terratenientes».

(5) «La revolución rusa en Ucrania», por Nestor Makhno. 302 páginas. Editorial Vértice. Barcelona. Sin fecha de impresión.— «La révolution russe en Ukraine», Nestor Makhno. 360 páginas. Ediciones de «La Brochure Mensuelle». París 1927.

(6) El lector que se interese por este detalle, de importancia para la comprensión general de nuestro trabajo, podrá buscar en las obras de Archinoff y de Volin los datos biográficos que describen la verdadera personalidad de Nestor Makhno. En el libro de Archinoff sobre la historia del movimiento makhnovista, edición francesa, páginas 353 a 364 inclusive; en la obra de Volin, «La Révolution Inconnue», páginas 523 a 530 inclusive.

(7) Ver más detalles en las obras citadas de Archinoff y de Volin.

(8) «Conversando con Nestor Makhno».

nientes. Fué a raíz de su liberación cuando Volin llegó a estar entre nosotros. Estuvo durante cinco meses, es decir, hasta diciembre, desarrollando una interesante y proficua labor cultural.

»Aislados como estábamos, en la casi imposibilidad de comunicarnos con el resto de Rusia y del mundo, nuestro movimiento debía vivir exclusivamente de nuestros propios recursos y de nuestras propias fuerzas y capacidad.

»En aquellos años se sabía muy poco o casi nada de nosotros ni de nuestro movimiento en el resto de Rusia.

»En 1920 mi compañera, Elena Gallina, se encontraba en Kiev y coincidió que en la misma época habían llegado a aquella ciudad los compañeros Emma Goldman y Alejandro Berckman, por encargo del gobierno de Moscú se encontraban allí recogiendo materiales para el museo Kropotkin.

»Al saber ellos que mi compañera se hallaba en la ciudad, trataron de verla. Deseaban obtener informaciones mías y de nuestro movimiento y entre otras cosas expresaron el deseo de ir a la región de Gulae-Polp. Pero la cuestión no era fácil ni simple si no se quería correr muchos riesgos, sobre todo de parte del gobierno central. Estudiada la situación, decidieron con mi compañera organizar un falso ataque al tren en que habrían de viajar con objeto de que les hiciéramos prisioneros y les lleváramos con nosotros. De esta forma hubieran podido quedarse cierto tiempo para poder estudiar nuestro movimiento sobre el terreno. Habiéndose puesto de acuerdo sobre los detalles más necesarios, mi compañera marchó de Kiev y llegó hasta Carcoff, pero encontró la región ocupada por las tropas de Wrangel y se halló en la imposibilidad de reunirse con nosotros. Un mes más tarde, después que nosotros logramos desencadenar una ofensiva y liberar la región del peligro wrangeliano, tuvimos conocimiento del acuerdo concertado. Era ya demasiado tarde.

»Además de la necesidad que experimentábamos de que alguna personalidad llegara a nuestro lado para aportarnos su contribución espiritual, nuestro deseo era siempre el de favorecer la llegada de elementos intelectuales a nuestra región. En cuanto tuve conocimiento de los deseos de los compañeros Goldman y Berckman les envié un telegrama rogándoles que vinieran. En aquellos días habíamos concertado un acuerdo con el gobierno de Moscú y, utilizando esta oportunidad, tratábamos de establecer relaciones con todos. No recibimos respuesta al telegrama enviado a los dos compañeros citados. Les envié entonces una carta en la que les aseguraba poder garantizarles todos los medios para poder estudiar nuestro movimiento en su propio terreno y para realizar toda la propaganda necesaria. Tampoco hubo respuesta alguna. Y entonces no había peligro alguno, pues, como ya he dicho, se hallaba en vigor un pacto de alianza con los bolcheviques y existían posibilidades de tránsito.

»Así es como nuestro movimiento—asediado por todos los enemigos de la revolución—careció incluso de la contribución de todos nuestros compañeros y se resintió de la ausencia de una colaboración tan necesaria para poder ayudar a crear en las masas lanzadas a la lucha una profunda conciencia anarquista.

»Nosotros teníamos poquísimo tiempo para poder desarrollar toda la labor cultural que era necesaria a los campesinos ucranianos, ya que nos hallá-

bamos sometidos a las necesidades cada día más duras y urgentes de la lucha cotidiana, que verdaderamente no nos dejaba ninguna tregua.»

He aquí reflejado uno de los aspectos—y no el menos importante por cierto—de la tragedia en la que debía debatirse siempre el movimiento insurreccional makhnovista: el de hallarse terriblemente aislado y muchas veces privado de la influencia intelectual incluso de aquellos que le eran más afines, de los anarquistas. Una mayor y más constante influencia de los elementos capacitados del movimiento anarquista ruso habría seguramente evitado muchos errores, corregido no pocas fallas e impedido algún abuso de los que inevitablemente comporta el hecho del predominio de un hombre sobre el desarrollo y el funcionamiento de un movimiento de bases militares.

En un interesantísimo artículo aparecido en el órgano de los insurrectos makhnovistas: «El camino de la Libertad» (9), con el título «Anarquismo y Makhnovismo», se decía, en un lenguaje verdaderamente anarquista:

«El makhnovismo no es el anarquismo. El ejército anarquista no está formado exclusivamente por anarquistas. El ideal anarquista de igualdad y de felicidad no puede ser logrado a través del esfuerzo de no importa qué ejército, ni aunque éste fuera constituido exclusivamente por anarquistas. El ejército revolucionario en el mejor de los casos, podría servir únicamente para la destrucción del régimen viejo y aborrecido; en la labor constructiva, en la edificación y en la creación, no importa qué ejército, que lógicamente no puede apoyarse más que en la fuerza y en el mando, sería impotente e inclusive nocivo.

»Para hacer posible una sociedad anarquista es necesario que en cada lugar, en cada ciudad, en cada pueblo y en cada villorrio, se despierte entre los trabajadores el espíritu y el pensamiento anarquistas; es necesario que los propios trabajadores, en las fábricas y en los talleres, y que los propios campesinos, en sus lugares y en sus pueblos, se dispongan a la construcción de la sociedad antiautoritaria, no esperando para ello de nadie ni de ninguna parte leyes ni decretos que lo determinen. Ni el ejército anarquista, ni sus héroes aislados, ni los grupos, ni la Confederación anarquista, crearán una vida libre para los obreros y para los campesinos. Por lo tanto, son los propios trabajadores—y nadie más que ellos—quienes, mediante esfuerzos conscientes, podrán construir su bienestar, sin amos y sin Estado.»

Indudablemente, muchas críticas que podrían dirigirse al movimiento makhnovista—además de a su peligrosa tendencia hacia el personalismo—deben ser atribuidas a las propias condiciones en que se desarrolló la lucha. Debe tenerse en cuenta que los insurrectos se hallaban rodeados por todas partes y por enemigos diversos, a quienes tenían que

(9) «Anarquismo y Makhnovismo», por Polevoi, publicado en «Park Svobode» («El camino de la Libertad»), órgano de los revolucionarios ucranianos insurrectos (makhnovistas), número 3 del 5 de julio del 1920.

hacer frente a la vez, pues todos ellos reconocían unánimemente en el movimiento makhnovista el enemigo más directo contra el que debían converger todas las fuerzas (10).

Por otra parte, la relativa ausencia de tentativas de acción en el plano de la labor constructiva y realizadora, son debidas a la acuciante preocupación de una lucha sin reposo que absorbía todas las voluntades y las hacía converger en el esfuerzo

(10) Para hacerse una idea de la importancia que alcanzó el movimiento makhnovista, y de las dificultades con que hubo de tropezar, conviene echar una ojeada al mapa de operaciones y de radio de influencia establecido por Archinoff, que consta en su libro sobre el movimiento makhnovista y que ha sido reproducido en el libro de Volin. Conviene saber, por ejemplo, que Ucrania se halla comprendida en una extensión de 447.300 kilómetros cuadrados y contaba ya entonces con 30 millones de habitantes. El lector español se hará una inmediata composición de lugar—con la experiencia de nuestra propia guerra—, ya que sabe que la extensión territorial de España es de 492.230 kilómetros cuadrados. El movimiento makhnovista ocupaba la parte sur del territorio ucraniano y su radio de influencia directa, en el aspecto de la lucha armada, alcanzaba a algo más del tercio de la totalidad de Ucrania. Su radio de acción creadora y constructiva era más reducido y ocupaba el centro del vasto círculo de actuación bélica en una extensión que rebasaba los 60.000 kilómetros cuadrados.

agotador de la propia acción combativa. Tragedia que se experimenta en la mayoría de las grandes tentativas iniciadas por un pueblo lanzado a la conquista de su propia liberación. ¿No fué ésta la misma tragedia de la Comuna de París? ¿No fué también, más tarde, la de la Revolución española? Luchar con todas las fuerzas, cogidos en el rodaje del combate, sin tener la posibilidad de profundizar ni de ampliar el experimento emprendido. Haber tenido la posibilidad de trazar un camino, pero no la de recorrerlo hasta su meta.

Las imperiosas necesidades que impone la lucha armada, sin cuartel ni tregua, obligan muchas veces a los combatientes a adoptar medios que no son los propios, sino los que el enemigo quiere e impone.

Esta lucha, la lucha que mantuvo el movimiento makhnovista, épica por el heroísmo de todos sus participantes, absorbiendo todo esfuerzo y toda posible capacidad de iniciativa, reducía a un cuadro de estrecho fondo una gesta que hubiera podido abrazar todo un mundo, un mundo nuevo, de libertad y de justicia.

Ugo FEDELI

(Traducido directamente del italiano por Ildefonso).



ACCION INTERNACIONAL LIBERTARIA



EXCEPCIONAL es, bien lo sabemos, la situación porque atraviesa el anarquismo en su aspecto internacional y en lo que afecta a sus actividades. Siendo la suya una concepción radical, en los métodos, es de comprender que los adversarios, poderosos, pujantes, han hecho, particularmente en algunos países, lo indecible con tal de asestarle un rudo golpe susceptible de imposibilitar toda actividad. Es el caso de Rusia, Polonia, Austria, Bulgaria, Hungría, y en todas partes donde prepondera el régimen comunista, o bien fascista, como en España. En lo que se refiere al Asia, duro quebranto ha sufrido también el movimiento libertario que se desarrollaba en la China y en el Japón. En cuanto a Corea, donde existía pujante efervescencia, desarrollando acentuada actividad de elementos obreros junto con intelectuales de diversas profesiones, obvio es comentar cuál será su situación ante el tremendo cataclismo bélico que allí se está desarrollando.

Mas, pese a la represión que se ha llevado a efecto en algunos países; no obstante el desmembramiento que en otras partes ha experimentado, por ausencia de visión ecuaníme y falta de actuación firme y responsable (análisis que requiere un amplio y detenido examen), encauzando debidamente las actividades, puede desarrollarse una importante labor, sin ceder terreno al escepticismo, que corroe más que un cáncer. Es lo cierto que el ideario anarquista, en su conjunto, dispersos acá y acullá buen número de elementos; con actuación más o menos relevante; con posibilidades a estudiar para redoblar esfuerzos, puede abrir ancha senda en el campo de la actividad social de orientación manumisora. Con unas u otras características, retoña en donde pareció quedar sepultado, debido al brutal empuje yugulador por parte del régimen imperante. Este es el caso de Italia, donde, pese a la tiranía del fascismo mussoliniano, que tantas víctimas causó, en la actualidad el movimiento libertario da fe de vida, editando publicaciones y desarrollando su campaña de proselitismo en el seno de las organizaciones sindicales o al margen de ellas. En Alemania, tras la hecatombe hitleriana; dividida la nación y sometida a la pugna entre orientales y occidentales, hay, a lo menos en la zona occidental un tanto de actividad, incluso se edita una revista y se publican algunos libros y folletos de propaganda. En Inglaterra parece ser que, debido en parte a la actividad intelectual de algunas individualidades bien preparadas, tiende a darse a conocer; proselitismo que, con el tiempo, puede alcanzar un desarrollo progresivo y un carácter popular. En los países del norte europeo algo exis-

te al respecto. Singularmente en Suecia, no deja de hacerse propaganda en la medida que sus posibilidades permiten a los compañeros. En Holanda, Bélgica y Suiza no deja de haber libertarios, si bien es cierto que el movimiento ha decrecido algo en relación a lo que fué años atrás. En los países de América: Estados Unidos, Méjico, Argentina, Uruguay, Brasil, y algún otro, los anarquistas dan prueba de su actividad con las publicaciones que editan y la propaganda oral y societaria que llevan a cabo. Tenemos entendido que en el Japón de nuevo se tiende a reanudar las actividades que en su día el Estado nipón cercenó con la máxima crueldad. Huelga hablar aquí, por ser conocidas, de las actividades libertarias de los exilados españoles, como huelga también referirnos al ambiente francés e ideas afines a las nuestras.

En suma, atalayando el «panorama ideológico», en su aspecto internacional, puede decirse que ni está tan floreciente en su conjunto que nos determine a bogar en plena euforia, ni tampoco es el caso de que ande tan desquiciado todo como para huirnos en un acogotador pesimismo. Tengamos en cuenta que sobre el movimiento en general, además de la tremenda acción represiva que se ha ejercido en muchas partes, y que subsiste aún en bastantes, se choca con una psicosis que es peculiar a nuestra época: etapa en la que se evidencia una aguda crisis de valores; periodo de transición que nadie logra explicarse a dónde conducirá. Pensadores de diversas escuelas han señalado múltiples características peculiares a nuestra época y que ponen en evidencia el estado de desconcierto agudo, de crisis manifiesta. Así Huizinga ha hablado, en algunos de sus libros, de las incertidumbres que ofrece en nuestro tiempo a todo hombre reflexivo. Berdaieff estima que el capitalismo acentúa un proceso de deshumanización. En su obra «Au seuil de la Nouvelle Epoque», dice así: «La civilización contemporánea, mecánica y técnica, es mortal para la vida interior del hombre; ella destruye su integridad, desfigura su vida emotiva, y hace de él instrumento de procedimientos inhumanos». Sartre y Camus nos revelan sus hondas preocupaciones ante el rumbo desconocido de la humanidad. Se les nota atalar el horizonte intelectual en busca de una esperanza. Ambos tienen la modestia y la sinceridad de no creerse portadores del «talismán» de la felicidad; no pretenden tener los problemas resueltos; cosa que les honra, cuando vemos por ahí que no falta cualquier quidam que, no viendo más allá de sus narices, pretende saberlo todo y conocerlo todo. Destaca, en nuestros días, la inquietud espiritual de hombres inteligentes y sinceros que van en pos de plausibles soluciones, al margen de las creencias ance-

trales, al margen de los caminos trillados por el redentorismo político o religioso

Es de creer que la ola de escepticismo y desenfrenado anhelo de goce material que todo lo invade, en algo ha repercutido también en nuestros medios, donde el romanticismo de un Salvochea o de una Luisa Michel casi parecería desplazado. Independientemente de lo que pueden ser influencias del ambiente, en lo que atañe a nuestras concepciones, es indudable que puede haber determinados aspectos susceptibles de revisión, interpretaciones que merecen enmienda, detalles que necesitan ser rectificadas. Si todo en la vida está sujeto a modificaciones, si sabemos que las ciencias y las artes evolucionan, y con ello experimentan transformaciones más o menos ostensibles, nada de particular tiene que lo propio ocurra al anarquismo, que haya en él matices que deban ser superados. Pero no es menos cierto que, el fondo, lo que constituye la médula del ideal, hoy como ayer, tiene perfecta razón de ser: nuestros ataques al sentido autoritario, por lo que tiene de nefasto y yugulador de la voluntad individual y colectiva, los hechos cotidianos son de ello evidente confirmación. Igualmente resulta adecuada nuestra crítica frente a la desigualdad económica; frente al oscurantismo de las religiones. Razonado es el anhelo de una convivencia fraternal, borradas las causas sociales que sabemos influyen de un modo directo en el desbarajuste en que la humanidad se debate. En suma, lo que es base del anarquismo, sus concepciones éticas, no ha experimentado alteración, antes al contrario la Historia nos permite constatar cuán lógicas son nuestras teorías en su totalidad fundamental.

Ahora bien: a tono con nuestro tiempo, se le ofrecen al anarquismo, en su estructura doctrinal, una serie de problemas que ha de estudiar y tratar de resolver. Abordarlos supone, simplemente, darle de vitalidad, tener viva preocupación por el buen desarrollo de las ideas. En ello ha de alentar el anhelo de que tomen brio, y, formando prosélitos, vayan en vanguardia de las corrientes sociales contemporáneas. Pero antes, y para que una labor de esta naturaleza pueda resultar eficaz; para que la acción tome la amplitud que es menester, obvio es que se impone, en el orden internacional, una estrecha relación.

Para evidenciar internacionalmente nuestra vitalidad, importa, antes que nada, la coordinación de esfuerzos y el apoyo mutuo. Hacer de ello un algo efectivo y con sentido de responsable continuidad. Lo que no sea así, la relación esporádica, sin un amplio intercambio de impresiones en torno a los distintos problemas que nos depara el momento que vivimos, huelga decir que ha de ser escaso en resultados. No se trata de pretender la adopción de una rígida y unilateral organización, habida cuenta de características interpretativas al respecto y que varían en algunos núcleos de compañeros. Ello no ha de ser obstáculo para una relación a todos los efectos conveniente. Permanecer aislados, en el marco limitado del propio país, no favorece al conjunto. Ello crea además una interpretación «localista» de escaso vuelo. Resultaría muy interesante que, en cada una de las publicaciones libertarias del mundo, se insertara, con la mayor frecuencia, una especie de «noticiario», dando cuenta de las actividades desarrolladas en cada país, reproduciendo, totalmente o en parte, aquellas ideas más originales, susceptibles de estudio,

aparecidas en tal o cual de nuestras publicaciones. Ello sería un factor de aproximación y de recíproca comprensión.

Es indudable que en un congreso se pueden plantear y discutir cuestiones de suma importancia, pero ocurre, las más de las veces, que se acude a tales comicios con una cantidad crecida de temas, todos de trascendencia—como lo demostró el último congreso celebrado por el anarquismo internacional—, que, forzosamente, ha de resultar difícil tratarlos todos con el detenimiento necesario. Lo que importa es un contacto asiduo y un amplio plan de estudios en torno a diversas materias de vital importancia, estudios que, al abarcar distintas ramas, cada uno por sí requiere concienzuda labor de especialización. Elementos afines, escogidos entre los de diversos países, pueden tener el contacto preciso, y formar los respectivos núcleos de estudios, como son los de carácter histórico, científico, económico, sindical, etc. Forma esta muy apropiada para cosechar resultados plausibles, ya que los compañeros, encargados de tal o cual materia, es de suponer que han de contar con la base de documentación pertinente.

A todos cuantos ansian una acción de proselitismo anarquista, en el orden internacional, de cierta envergadura, ha de serles grato el que se haga lo pertinente a fin de superar dificultades al objeto de levantar lo decaído y remozar lo envejecido donde lo haya. A cuantos tienen de las ideas un concepto sano, inspirado en las teorías de sus más esclarecidos pensadores; a quienes «toman en serio» el ideal, no haciendo de él apreciación voluble antojadiza, ha de interesar que el ambiente libertario se ensanche y se purifique. Y, sobre todo, que podamos congratularnos de que, entre los compañeros, cunda ese «voluntarismo» que tanto propiciaba Malatesta; esa voluntad de acción sin la cual nada efectivo puede llevarse a cabo.

Poco cuesta decir que se tiene un ideal; afirmar que se es anarquista, pongamos por caso. ¡Ah!, pero otra cosa muy distinta es «sentir» las ideas que se dice tener, y obrar en consecuencia con el contenido de ellas. Para poner tesón, para desarrollar el máximo de diligencia en favor, hace falta que estén arraigadas en la conciencia. El ideal puede tomar auge contando con elementos convencidos. Escribía Malatesta en su revista «Pensiero e Volontà»: «Para producir efectos anarquistas es menester, por tanto, una voluntad anarquista; y a formar esa voluntad tiende la propaganda que, con la difusión de las ideas y el ejemplo de los hechos, determina convicciones y sentimientos anárquicos en un radio cada vez más vasto. Para que un consorcio humano cualquiera, pequeño o grande, pueda vivir anárquicamente, es imprescindible la voluntad organizadora de sus componentes, capaz de establecer, sobre bases de libertad, todas aquellas relaciones sociales que hoy están organizadas a fuerza de autoridad».

Sobre todo, y por encima de todo, está la acción, el dinamismo, el empeño en perseverar. Ejemplo de constancia hacia una causa nos lo dan, con su fe y entusiasmo, con su inquietud andariega y proselitista, algunos místicos de siglos atrás. Elementos que supieron soportar, con admirable estoicismo, las adversidades, las más cruentas desdichas. La causa que defendían estaba fundamentada en concepciones pueriles, absurdas, a la luz crítica de la ciencia y de nuestras peculiares concepciones;

pero, es su fervor proselitista, el «élan» que pusieron en la difusión de sus convicciones lo que interesa observar y lo que es digno de imitación. En lo que afecta al movimiento anarquista, no es difícil citar casos de verdadera ejemplaridad en lo de entusiasmo y actividad; pero fuerza es confesar que, a lo menos en nuestros días, y observando el conjunto, se echa de menos la pujanza; no abunda el extraordinario empeño de «hacer», buscando que la acción dé el máximo rendimiento. Sin duda ello obedece a las causas que antes se han esbozado; causas que bien podemos creer sean, a la

postre, vencidas por un firme avance social en el progreso moral y material.

Tarea importante, y en relación con buena parte de lo aludido en estas líneas, tiene la Comisión de Relaciones Internacional Anarquista. Empresa laudable ha de ser la de ayudarle en su labor; la de facilitarle los medios para que pueda desarrollar, con la mayor eficiencia, su cometido. Y, condicionados al esfuerzo que se haga, así serán los resultados.

FONTAURA



MATERIALISMO CONTRA ESPIRITUALISMO

Los trabajos que siguen a continuación fueron publicados en 1935 en una de las revistas culturales más prestigiosas de España: nos referimos a «Estudios», de Valencia. El problema en ellos abordado ha sido uno de los que más han preocupado al género humano. La base de la vida individual, ¿reside en el espíritu o en la materia? Los griegos habían clasificado la materia en cuatro elementos fundamentales: tierra, aire, fuego y agua. Los alquimistas medievales, tras la quimera del oro sintético, sentaron las bases de la química moderna. Esta, durante los dos siglos últimos, llegó a descomponer la materia, dejándola clasificada en unos ochenta o noventa elementos o cuerpos simples. Sucesivamente, los cuerpos simples, que habían sido considerados como materia absoluta, iban descomponiéndose en otros cuerpos simples que, a su vez, eran desintegrados sucesivamente. Y así hasta la desintegración del átomo. El más completo relativismo se había pasado. La materia y el espíritu iban perdiendo su antigua expresión absoluta.

El problema salía poco a poco de los dominios del dogma. La psicología con el psicoanálisis, obligaba a ambas tendencias, la materialista y la espiritualista, a hacerse concesiones mutuas. Hoy nadie duda de la superchería del espiritismo de velador y de la cerrazón mental de los dogmáticos materialistas que, en el dominio social, tantos perjuicios vienen ocasionando. Pero nadie duda tampoco que estamos, en cuanto al conocimiento de los fenómenos psíquicos, en los primeros balbuceos del conocimiento. Ya nadie se atreve a reírse de la supuesta constatación de los fenómenos psíquicos. Lo que hace creer que, según todos los síntomas, estamos en vísperas de nuevos descubrimientos en este dominio, susceptibles de producir una gran revolución en el mundo filosófico y científico. Las exposiciones entre los doctores Llauradó y Remartínez las damos a título estricto de ilustración para ayudar al lector profano a formarse una opinión sobre el estado de este trascendental problema.

MATERIALISMO



DE GRACIAS, un lector de «Estudios», pregunta al doctor R. Remartínez: «¿Puede subsistir la materia sin la energía?» Y el doctor le contesta: «No, señor. El Materialismo ha sufrido muchos rudos golpes que le han ido debilitando y restando partidarios, pero el golpe de gracia se lo han dado las nuevas teorías sobre constitución atómica y la noción de

los electrones...»

Y yo, que soy materialista, y que, precisamente he encontrado en «las nuevas teorías sobre constitución atómica la noción de los electrones», la más sólida confirmación del Materialismo, al leer esto fluctúo entre cierto rubor por mi torpeza interpretativa y cierta vergüenza de ser materialista.

El que yo admire y respete al doctor Remartínez no impide que opine en este caso y algún otro de una manera opuesta, y sin ánimo de controvertir con él — modestia obliga —, hoy salgo, no ya tanto a negar su punto de vista filosófocientífico, como a defender el mío, y no precisamente porque seamos muchos sus adeptos, sino por constituir un sistema filosófico de vanguardia de tantos o más fundamentos científicos sólidos y derivaciones éticas liberadoras, que el Espiritualismo o los dualismos, a los que el espiritualismo conduce de la mano.

El Materialismo, ni ha recibido «el golpe de gracia» con las modernas teorías, ni ha perdido significación; antes al contrario, Bohr y Einstein, con-

temporáneos revolucionarios de las ciencias fundamentales, han rubricado el Materialismo como sistema filosófico: Bohr, materializando el átomo, primer eslabón de la materia estructurada; y Einstein, materializando la luz, sustancia o materia ponderable: la luz pesa. Se calcula que la luz que recibe la Tierra del Sol anualmente pesa 58.000 toneladas. Claro que este peso de la luz los espiritualistas le razonan acomodado a sus teorías y afirman que también la energía pesa; y como energía para ellos es espíritu, conceden al espíritu una propiedad incompatible con él, desproviniéndole de su característica fundamental: la imponderabilidad.

Hasta la «gravidad», entelequia metafísica, concepto oscuro, abstracto e indefinido, de «algo» que nosotros traducimos por una fuerza misteriosa, ha desaparecido ante el escalpelo especulador de Einstein, para quedarse convertido humildemente en un efecto de inercia, es decir, de masa-espacio-tiempo, o con un campo de densidades magnéticas.

La concepción abstracta de «espíritu» desaparece ante los embates de la materia moviéndose; de la materia energética, y aun de la materia-energía; de la materia; de la substancia; de la electricidad tangible y ponderable.

Lo único que, utilizando un poco, puede admitirse hoy con las modernas conquistas científicas, es una asimilación del Espiritualismo al Materialismo, a la que fácilmente se llega concediendo a la última «hipotética» disgregación de la materia —éter o sustancia eléctrica— un concepto espiritual,

por su intangibilidad y carácter pseudometafísico imponderable y abstracto. Pero una lógica heterodoxa, una especulación filosófica desapasionada, que desmenuzando la materia directamente perceptible, llega, por el átomo, al protón y el electrón, y se lanza por el cálculo de la desintegración de la materia—como única solución especulativa de continuidad al detenerse los medios analíticos en el electrón—, para llegar a un límite fundamental aceptable, no puede menos de considerar puramente material, y no espiritual, a esa última manifestación de la materia que los espiritualistas llaman energía, y que como causa primera de todo, convierten en núcleo de su sistema. Depende, pues, de un concepto acomodaticio. Pero...

A partir de la teoría atómica de Bohr, surgieron para la ciencia especulativa y experimental los electrones y protones, elementos estructurales del átomo. A Mendelejev le fué suficiente contar y pesar, con su métrica abstracta y cerebral, estos elementos inverosimilmente diminutos para construir sus admirables tablas, no ya plasmadoras de los cuerpos simples conocidos, sino de otros ignorados y presentes en las tablas, se han ido e irán descubriendo. Y de las que la quimera de la piedra filosofal de los alquimistas medievales, resulta una realidad científica actual y una posibilidad práctica próxima. Ellas nos muestran el oro primo hermano del mercurio, y al radio del plomo. Es cuestión de aporte o cesión de electrones. Principio que, aun descontando las experiencias de Nagaoka y de Mietche, presuntos fabricantes de oro sintético, Rutherford ha demostrado, convirtiendo el átomo de aluminio (formado por catorce electrones orbitarios y veintisiete protones), en átomo de una de las tres clases de magnesio conocidas. (Resultado logrado arrebatando al átomo de aluminio dos electrones y tres protones, mediante el bombardeo ciego de dicho átomo con partículas «alfa» lanzadas copiosamente por cierta clase de radio. Habiendo desintegrado de la misma manera otros átomos.)

Vemos que en todo este análisis abstracto y experimental de la materia se maneja materia y no espíritu.

Pero aun nos queda algo por investigar. ¿Qué son los electrones? ¿Qué fuerza les gobierna?

Se admite que los electrones son engendrados por torbellinos del éter o de la sustancia eléctrica universal, originados por dos trenes de ondas. En su naturaleza se consideran los electrones como el «cuanta» elemental o carga negativa de electricidad, cuyo valor es de 4.77×10^{-10} unidades electrostáticas, y cuya masa es $1/1835$ de la de un átomo de hidrógeno, siendo ésta de 1.65×10^{-24} gramos; y su diámetro 3×10^{-13} cm. aproximadamente.

De este conocimiento concreto y de los cálculos de Einstein se deduce que la materia es de naturaleza electromagnética. Lo que no autoriza de ninguna manera a negar la materia, sino a materializar la energía, o a lo sumo a llegar a la conclusión einsteniana de que materia y energía son una misma cosa. Y entonces, tanto podría darse por fenecido al Materialismo como al Espiritualismo.

El electrón es material; la substancia que lo forma debe de serlo también.

La fuerza que gobierna al electrón no es sino la vulgar ley de las atracciones eléctricas de signo contrario, cuyo fondo filosófico no es acaso sino un juego de densidades eléctricas.

Ante las ecuaciones de Einstein, la masa desaparece al adquirir la velocidad de la luz. Masa-espacio-tiempo es una expresión nueva, que puede traducirse por energía y proclamarse el Espiritualismo, o por materia y admitir el Materialismo.

Por doquiera surge la electricidad. Todo induce a creer que la electricidad es el alma del Universo. Pero desde sus primeras manifestaciones se nos muestra material; ese alma debe de ser material. Y esa materia en movimiento es energía. La energía es una propiedad de manifestaciones de la materia; es una consecuencia; es después.

Esa sustancia primera tiende a un remoto equilibrio, a una absoluta homogeneidad, que lograda no puede concebirse sino como una muerte universal, una quietud eterna, «una ausencia de energía». La muerte es equilibrio, ausencia de lucha, de antagonismos, de reacciones, de desniveles. Es materia quieta, inerte; sin energías, sin nada espiritual. La energía es una manifestación de la materia en movimiento; el dinamismo de la materia. La materia es primero.

Si ante una velocidad vertiginosa el concepto de masa desaparece, ante un reposo relativo o, hipotética o matemáticamente absoluto, se impone. Con los mismos argumentos se puede defender el Espiritualismo o el Materialismo.

El examen de la desintegración de la materia no puede constituir tampoco un argumento en favor del Espiritualismo. El principio de Lavoisier, pese al desgraciado escarceo iconoclasta de Gustavo Le Bon, continúa en pie. El radio, abandonado a sí mismo, se convierte en radio B, isótopo del plomo. Ha perdido peso atómico con liberación de energía. Pero, ¿cómo? Pues de una manera que expresáramos mejor diciendo que el peso que ha perdido no ha sido más que por disgregación de materia. En efecto: ha emitido tres radiaciones: **alfa**, **beta** y **gama**; estas radiaciones son de naturaleza eléctrica —o materias cargadas de electricidad—, puesto que las **alfa** son atraídas por el polo negativo de un imán; las **beta** son repelidas por el mismo polo, y las **gama** son indiferentes. Y en efecto, resulta demostrado que las radiaciones **alfa** son iones de helio, que desaparecen como tales radiaciones convirtiéndose en un átomo de helio, cuando encuentran en su radio de atracción eléctrica dos electrones. Las radiaciones **beta** no son más que electrones con carga negativa; y las **gama**, vibraciones engendradas por los electrones, según unos, o protones de hidrógeno, según otros. Es decir, que en esta desintegración, ni ha habido liberación de energía ni se ha perdido nada; sólo se ha transformado la materia.

La liberación de energía por desintegración de la materia puede considerarse como una expansión de ésta, muy poco diferente a la de las vulgares explosiones de pólvoras, salvando la diferencia del medio y tiempo. No otra cosa significa el cálculo einsteniano, que concede a la desintegración de un gramo de materia el equivalente energético al vulgar de la combustión de 3.000 toneladas de hulla. Claro que en este cálculo se supone la desintegración incluso de los electrones, cosa muy distante, ni aun de una posibilidad imaginativa.

La energía no es más que un desequilibrio eléctrico; sustancialmente eléctrico, obtenido por cualquier medio capaz de liberar electrones por desarticulación, destrucción o neutralización de los

protones. Los electrones liberados, o atraviesan el espacio (la sustancia eléctrica, el éter o lo que sea), o se disgregan en él, o le conmocionan por desequilibrio de su densidad; por eso se manifiestan por radiación, ondulación o vibración.

La vida, que es una modalidad de la energía, no es más que dinamismo de la materia. La vida universal, pura mecánica; mecánica de densidades. En las nebulosas, mecánica iónica; en los soles, mecánica electrónica.

Un sol, que es un protón gigante, emite radiaciones por la misma causa que el radio y cuerpos radioactivos: por la inestabilidad consecuente a su complejidad estructural; y lo mismo que las del radio, sus radiaciones son materiales: iones, electrones, protones, o vibraciones del medio. Luego emite materia, que por su manera dinámica de manifestarse adquiere el carácter de energía.

Materia que en la estratosfera de nuestro planeta es acúmulo de iones, ionización; luego magnetismo, electricidad, termodinámica. En el mundo inorgánico son los desvíos térmicos el alma de sus manifestaciones energéticas más tangibles.

Todas las fuerzas: meteoros, hidráulicas, flexión, combustiones..., no son más que reacciones, fenómenos regresivos, análisis de las síntesis de energía, de la materia que, lanzada por el Sol, se ha quedado en la Tierra. La función clorofílica, sutil transformación de materia solar y cósmica, primer ciclo de mi cerebro pensante, es cuestión de radiaciones, alfa, beta o gama; materia cósmica o materia solar, que en su eterna peregrinación hacia el equilibrio, la homogeneidad universal, la muerte, se asocia y disocia, transforma, condensa y disgrega, dejando siempre una estela energética que en una piedra es cohesión, en un vegetal condensación material sin-

tética, y en mi, altruismo biológico, análisis, desintegración, liberación noble de los elementos al océano universal, con los reflejos cerebrales, pensamiento, placeres y dolores.

El espíritu, ni en la vida inorgánica (energía) ni en la orgánica, vegetal, animal y humana, puede concebirse sino como una consecuencia de la materia.

El Materialismo explica todo satisfactoriamente; y un sistema filosófico que puede satisfacer la mentalidad más exigente, puede evolucionar superándose a cada conquista de la Ciencia, mas no fenecer.

El Espiritualismo es también el camino más corto hacia el escepticismo. Y el que el mundo perceptible de una ostra sea distinto del mío no me autoriza a negar el mundo.

No, Deogracias; el Materialismo no ha recibido el «golpe de gracia». Yo le invito a usted a que estudie y no haga de la ciencia de segunda mano un artículo de fe. No nos crea usted ni a uno ni a otro. No olvide que el doctor Remartínez es teósofo, y yo materialista; convencido de que cuando me muera, si no tengo hijos, me muero «todo yo». Lea y piense por su cuenta. No sea que partiendo de una afirmación ortodoxa, hecha por una autoridad científica, oriente usted su cultura intelectual por un sendero equivocado y de deducción en deducción caiga usted y los que le rodeen en un dualismo estúpido que pueda conducirles a hablar con los espíritus por medio de un velador; a creerse una segunda edición de Séneca por reencarnación, olvidando que Séneca sin tiroides hubiera sido una marmota, o a comulgar diariamente.

A. G. LLAURADO

UN BREVE COMENTARIO



POLEMISTA no fui jamás. Ni aspiro a serlo tampoco. Me faltarían siempre condiciones imprescindibles: una preparación y bagaje científico suficientes, una sólida erudición y ese fino espíritu de ironía al argumentar, del cual tanto partido puede sacarse en toda controversia. Por esto no quiero que se vea en mis palabras deseo de iniciar una trinca estéril o in-

fructuosa.

Unas palabras mías (en una de las respuestas que a vuelo de pluma escribo para la sección correspondiente de «Estudios»), palabras que, como mías, son insignificantes y como escritas velozmente poco sazonadas y menos tamizadas por el cedazo de la meditación, han merecido un comentario que en un trabajo firmado por A. G. Llauradó aparece en el número anterior de esta Revista. Realmente el autor de este trabajo admirable (admirable por su documentación y erudita profundidad, admirable por su claridad y admirable por la decisión con que se defiende un criterio), me ha hecho demasiado honor al comentar esas palabras mías. Debí pensar, no obstante, que en una sección como «Preguntas y respuestas», que sólo permite contestaciones superficiales (y más a mí, por mi insuficiencia de conocimientos), no podrían

explayarse asuntos que han dado origen a libros y son clave de sempiternas controversias; pero ya que lo ha hecho, quiero hacer sólo un breve comentario que en modo alguno, repito, implica deseo de discutir con quien reconozco que tiene aquellas condiciones de polemista que a mí me faltan.

Yo lamento, desde luego, no poder disfrutar del honor de una charla con el amigo Llauradó. Es posible que el firmante del artículo «Materialismo» y yo quedásemos de completo acuerdo al fin, ya que tal vez la aparente discrepancia de opiniones derive simplemente de una cuestión de léxico, de una diferente postura de observación, de una diversidad de apreciación de detalles, más que de una oposición de criterios. Así me lo hacen esperar algunas de sus propias palabras, cuando concede, por ejemplo, que materia y energía son una misma cosa (¿cuál de las dos será la suprema realidad, si es que no se cree que está dicha la última palabra del «por qué» del Universo?) o cuando dice que el electrón «debe» ser material; o cuando afirma que la materia «por su manera dinámica de manifestarse» adquiere el carácter de energía... palabras que, discutidas a fondo y huyendo de habilidades de léxico, acaso nos permitieran una aproximación de nuestras respectivas creencias.

Empero, este no es el caso. El culto amigo Llauradó se muestra como furibundo e irreductible ma-

terialista. Allá él. Yo, acaso por torpeza mía de no ver claro en las diaphanidades del materialismo que «todo» la explican, no lo soy. Y lamento no serlo porque así se me hubieran resuelto, al parecer, tantos problemas que me acosan y martirizan mi espíritu y llenan de dudas mi razón y de inquietudes mi mente. Desgracia mía que, por no ser materialista, me veo privado de explicarme el misterio de la «vida» misma, el enigma de la «muerte», el arcano del «antes» y la angustiosa incertidumbre del «después». Condenado a mi exiguo papel de ostra, que vive su diminuto mundo, como quiere el amigo Llauradó, veo privada a mi razón de las luminosas enseñanzas del materialismo que iluminan todas las rutas del humano saber, despejan todas las incógnitas, aclaran todas las dudas y resuelven todos los problemas de la Vida, hasta aquellos tenidos por insolubles por sabios materialistas de todos los tiempos.

No se vea en estas palabras mías la menor incredulidad ni sectarismo. Negar la absoluta evidencia y realidad científica de los hechos que expone el autor del citado trabajo, así como la solvencia de sus fuentes de origen, sería estúpido por mi parte. Conozco desde luego (si bien, sin duda alguna, menos a fondo que Llauradó) las modernas investigaciones sobre estructura atómica partiendo de las ideas de Bahr; conozco, también, superficialmente, las derivaciones de la teoría de la relatividad einsteniana y el principio del «cuanta» y sé a qué maravillosas deducciones se ha llegado, todas hasta el presente, confirmadas por la experimentación, es decir, innegables... pero no es este el nudo del asunto. Lo que sucede es que si a los materialistas les basta con estos argumentos para de ellos deducir la negación o la energía o pretender que el universo es un caos, a mí, no; lo que ocurre es que si el Materialismo cree con su dogma explicado y explicable el misterio de la vida, el origen del universo y su finalidad, a mí no me lo parece, y este es un criterio que, aunque de humildísima ostra, es mío, y como tal me conformo con él mientras mi razón no halle, en su eterna búsqueda de insatisfecha, mejores tablas de salvación en el naufragio de mis anhelos de un más allá.

¿Que la luz pesa? Conforme, pero me es igual. ¿Que el tiempo es espacio (o más bien la cuarta dimensión) y la dimensión una consecuencia del movimiento? Perfectamente, pero me es igual también. ¿Que los electrones tienen su masa, aunque sólo sea tan poca su materia que aquella sea del orden de casi una dosmilésima de un átomo de hidrógeno? Pues como si cada electrón fuese una pesa de a kilo. Repito que no es ese «mí» punto de vista. Si los materialistas, después de creerse dueños de la clave del Universo, admiten que todo lo existente, desde la brizna de hierba hasta el sol gigantesco; desde el infusorio al superhombre y desde la amiba a los sistemas siderales, es sólo un conjunto de materia reunida al acaso, sin plan, sin un fin ni acaso un principio, allá ellos; si los materialistas suponen que el Universo y la «vida» son el simple resultado de combinaciones químicas y colisiones materiales entre los átomos, allá ellos; si para su criterio el mundo o los mundos son un montón informe de materia con una apariencia de energía derivada del propio dinamismo material (ya me explicarán esto lo que quiere decir) y que han sido ¿creados? o bien producidos por acaso (como si el acaso existiere) y sin más fin que hundirse algún día de algún milenio en la «nada»,

allá ellos también...; mi pobre espíritu no se conforma y acaso acuciado por el terror cósmico, o acaso por las reacciones químicas y la composición material de mi cerebro, o quién sabe si mi tiroides, así lo determinan, el caso es que busca algo más, siempre algo más, a despecho de las claridades materialistas que todo lo explican o quieren explicarlo por medio de esos «torbellinos de éter y trenes de ondas» que el amigo Llauradó cita, sin pensar que al hablar de movimientos y de vibración, por mucho que se quiera materializar el concepto, siempre se deja en pie la duda y la incógnita de cuál es la causa de esos torbellinos, el origen de ese movimiento y el misterio de esa actividad.

No, no quiero discutir ni aspiro a convencer a nadie. Me pidieron una opinión, y pobre y mediocre como la mía, la di; como mía, sincera también. Y eso es todo. Cuando yo sea materialista es posible que adopte también un gesto análogo al de mi comentarista. Hoy que, afortunadamente, no lo soy, observo el Universo de un modo muy diferente, y no puedo creer que los más puros goces del espíritu, que las emociones y los sentimientos más elevados sean producto de una reacción química o de una interferencia vibratoria, no puedo admitir que sea el fósforo o el nitrógeno de mis neuronas lo que piense, reflexione y conozca; no me es posible creer que esa voz interior que me dice si obro bien o mal sea acaso no más que una casual interacción material de unos átomos o el resultado de un poco más o menos de secreción de mi tiroides; ni puedo tampoco conformarme a la idea de que la Naturaleza ha sido, con todo el «Universo» que vive y palpita, el resultado de un accidental encuentro de dos electrones que de complicación en complicación han ido elevando de categoría la materia informe, hasta producir de la inerte roca el pensamiento y la emoción.

Termino, el amigo Llauradó cuya vasta cultura es indudable, ha juzgado, empero, a la ligera de una doctrina que desconoce. Me refiero a la Teosofía, «a la Teosofía científica», ciencia de la Naturaleza, que confunde lamentablemente por lo visto con el espiritismo de porche y velador. Aun del mal llamado Espiritismo (y conste que no soy espiritista ortodoxo) habría mucho que hablar, e invito a mi admirado contradictor a que lea obras científicas y medite acerca de la solvencia de hombres como Lombroso, William Crookes, Richet, y otros que han contrastado y verificado fenómenos extraordinarios bajo las más rigurosas condiciones que la experimentación científica puede exigir. Lea el amigo Llauradó la «Metapsiquia», de Richet y luego hable de materialismo o explíquese si puede, según su criterio, alguno de los fenómenos allí registrados, y entre tanto no juzgue mal, no me crea ni fanático ni con deseos de fanatizar a nadie «conduciéndole por caminos de error a un dualismo estúpido». Cada cual ha de labrarse su filosofía; aquella que, según sus estudios, sus convicciones y la voz de su razón, le satisfaga. Yo tengo la mía, que muestro serenamente a quien me la pregunte, sin imponerla ni siquiera aconsejarla, aunque la diputo más cercana a la verdad y más consoladora que las áridas y nihilistas teorías del materialismo que niega una Causa y un plan inteligentes al Universo, hacen de la Vida un calvario sin más objeto que la satisfacción material, y ofrecen como fin la negación de toda actividad, la NADA.

R. REMARTINEZ

NOTAS

ANTE LA GUERRA QUE VIENE

Somos internacionalistas y libertarios, y por este motivo, estamos doblemente amenazados por la revolución totalitaria de que la guerra de los pueblos es la forma decisiva.

Para examinar qué perspectivas y qué posibilidades nos presenta «la guerra que viene», no estará mal, me parece, lanzar una mirada sobre la de 1914-1918 y sobre la de 1939-1944, observando de una manera objetiva lo que los internacionalistas han podido hacer y a dónde han ido a parar.

Creo, por mi parte, que las posiciones que pueden ser adoptadas por nosotros, a la luz de la experiencia pasada, se reducen a cuatro: tres de esas actitudes pertenecen en propio a la política, y una a la ética anarquista. Se puede llamar respectivamente *intervencionista*, *neutralista*, *derrotista*, *objeto* al que las adopta o se prepara para adoptarlas.

POSICIONES POLÍTICAS

I. El *intervencionista* ve esencialmente el peligro encarnado por el Gobierno de enfrente y proclama la solidaridad que exige la defensa de su propio pueblo (y de los pueblos amigos) contra las masas humanas esclavizadas por un Guillermo II, un Hitler, un Nicolás II, un Stalin, por las «castas militares», por los «tiburones de la finanza», etc. Coloca muy arriba lo que se ventila en la lucha que va a decidir la suerte de la humanidad, y, si es coherente consigo mismo, está dispuesto a todos los sacrificios colectivos y personales para obtener una salida «favorable» (la victoria decisiva de los buenos sobre los malos). En caso de necesidad, recurrirá a la guerra preventiva bajo todas sus formas. Por otra parte, la lógica de su posición le conduce, en caso de victoria, a exigir del enemigo una capitulación incondicional, el reconocimiento unilateral de su culpabilidad, la reparación integral de los daños causados, etc. En caso de derrota, debe proseguir la lucha de sabotaje, de guerrilla, de espionaje terrorista contra el ocupante, y preparar el desquite.

Inútil citar aquí los nombres de los internacionalistas libertarios que estuvieron mezclados como intervencionistas en la historia de la primera y de la segunda guerra mundiales. Esos nombres están aún en la memoria de todos, y su sinceridad no es discutible. La mayor parte de ellos compartían la idea de que el «pueblo»—o su parte más avanzada: el «proletariado»—no puede engañarse: viendo a las masas populares, largo tiempo deificadas por ellos, aceptar la guerra como un deber, han reconocido que su tarea era participar a su lucha «liberadora», olvidando de buena gana que las masas populares «enemigas», del otro lado del frente, eran víctimas de los mismos entusiasmos o del mismo fanatismo guerrero.

Existe hoy una categoría particular de intervencionistas: son los que, viviendo en un territorio *actualmente* gobernado por los hombres del bloque occidental, esperan ser militarmente «liberados», en cuanto estalle la guerra, por los ejércitos venidos del Este. La situación de esos fanáticos equivale poco más o menos a la de los más ardientes y entusiastas irredentistas nacionales de las guerras mundiales precedentes: su nacionalismo es simplemente, como ha dicho León Blum, un nacionalismo extranjero; tiende a la absor-

ción definitiva de su país en el imperio ruso, y se distingue como tal del derrotismo, que es una especulación nacionalista sobre los resultados de la victoria.

II. El *neutralista* abunda extraordinariamente en visperas de cada guerra mundial, cuando su actitud propia coincide con los cálculos políticos de ciertas potencias o partidos. Esos cálculos, a su vez, se reducen a dos esquemas o dos variantes del mismo esquema: el *aislacionismo* y el «*atentismo*». El aislacionismo tiende esencialmente a mantener fuera de la guerra y de sus estragos a un país dado, sin ocuparse mucho de lo que sucede en el resto del mundo; el «atentismo» se propone conscientemente sacar provecho del conflicto, provocándolo en caso de necesidad, para debilitar a los dos adversarios, uno por otro, y representar, llegado el momento, el papel de árbitro o de tercer ladrón. Otra aplicación del aislacionismo consiste en *retirarse a tiempo* de la guerra, como los bolcheviques en Brest-Litovsk, con la esperanza de recobrar la autonomía y la iniciativa deseada, mientras los beligerantes siguen colgados uno a otro en una lucha sin salida.

La posición neutralista en el terreno político es muy difícil de mantener en una guerra mundial. En efecto, el aislacionismo no es realmente aplicable sino por países disponiendo de poderosas barreras naturales y de reservas autóctonas para mantenerse alejados de los campos de batalla; incluso las potencias aisladas renuncian difícilmente, si no acaban por arrojar su espada en la balanza, a participar en la distribución de los despojos, y aun a conservar las bases de su independencia frente a los vencedores. La experiencia ha demostrado que los aislacionismos desarmados son una presa fácil, y que los aislacionismos armados vuelven rápidamente al «atentismo», después al intervencionismo, cuando la ocasión se presenta, o, según la frase de Mussolini, se impone: tal fué el caso de Rusia cuando la derrota de Polonia, de Italia cuando la de Francia; tal fué el caso cuando el ataque «preventivo» del Japón a Pearl-Harbour, etc., sin hablar de los numerosos aliados por oportunismo que, cuando la primera guerra mundial, «volaron al socorro de la victoria».

De una manera general, el juego de la política y de la guerra, tal como ha sido analizado por millares de tácticos y de estrategas, excluye la idea de *lucha a tres*, y por consiguiente el *tercer frente* o la *tercera fuerza*. La eficacia política no consiste jamás sino en adherirse resueltamente a la fuerza dominante o a sus adversarios principales, y cualquier otra posición adoptada se reduce por un radio al dilema fundamental, o tiene un contenido puramente ideológico o ético, no político: equivale a la abstención motivada, a la objeción por razones de conciencia, etc. Eso no quiere decir que una fuerza política activa no se volverá ya a derecha, ya a izquierda, según el ejemplo de Stalin aliándose alternativamente a Hitler y a sus adversarios: esa agilidad en la inversión de las alianzas es incluso una condición mayor del éxito político y permite a algunas minorías representar un papel decisivo; pero cualquier «tercera fuerza», lejos de abrir un «tercer frente» contra las dos fuerzas dominantes, no puede sino pasar de un lado a otro de la principal línea de fuego y combatir sucesivamente a uno u otro de los adversarios: está perdida de antemano si debe afrontar a los dos a la vez.

Durante las dos guerras mundiales que hemos vivido, los neutralistas que apelaban al internacionalismo libertario han podido mantener cierto tiempo sus posiciones, es los Estados Unidos, por ejemplo, tan largo tiempo como éstas han coincidido prácticamente con una corriente importante de la opinión tal como la expresada por la liga *America first*; pero la internacionalización del conflicto y de sus consecuencias no ha tardado en ponerles entre la espada y la pared y en arrojarles hacia otras posiciones: intervencionismo, derrotismo u objeción ética.

III. El derrotista es el que trabaja por la derrota de su propio gobierno en caso de guerra, y consiguientemente por la derrota provisional de su propia nación enfrente de las otras naciones armadas y constituidas en Estados. El derrotismo no debe ser confundido, lo hemos visto, con el intervencionismo irredentista que hace por ejemplo de un alsaciano francófilo, de un checo eslavófilo, de un triestino italianófilo, de un americano o de un francés staliniano, el enemigo de su propio Estado y el amigo de un Estado «extranjero».

El derrotismo es una táctica transitoria, sistematizada por las concepciones de Hegel, de Marx y de Clausewitz sobre la «dialéctica de la historia», y que tiende en último análisis a provocar la renovación o la revolución nacional con ayuda de la derrota misma. Esta debe arrastrar la desaparición del antiguo Estado o régimen, impotente o desacreditado y que busca eventualmente en el baño de sangre de la guerra una cura de rejuvenecimiento. Pero esta desaparición, o más bien hundimiento, será seguida de la construcción de un Estado o régimen nuevo, sobre bases más limitadas, pero más sólidas, que le aseguren un porvenir glorioso frente a un vencedor saciado y corrompido por su propia victoria. Como se ve, el derrotismo como táctica desesperada de renovación estatal no es monopolio de Lenin y del leninismo: es corrientemente practicado por el fascismo bajo todas sus formas, desde el nazismo alemán hasta el vichysmo de extrema derecha. Pero debemos observar que el derrotismo, como táctica política, lleva al «desquite», es decir, al intervencionismo guerrero, pasando por el aislacionismo y el «atentismo». Así como los bolcheviques rusos, en 1904-1905, aceptaron muy gustosos el dinero del Mikado para minar la fuerza militar del ejército zarista, ya a medias paralizada por la corrupción y la incompetencia de sus jefes; pero esos mismos bolcheviques saludaron en 1946 la ocupación rusa de la Manchuria y la derrota del Japón como un desquite brillante alcanzado gracias a ellos por el nuevo Estado ruso sobre el país que había humillado a la nación rusa en Port-Arthur, en Ruckden y en Iroshima.

El derrotismo político, como el neutralismo mismo, constituye para un internacionalista libertario una posición precaria y fundada sobre un error. Porque el internacionalista libertario tiende a la disolución de los gobiernos como expresión de la violencia, como factores de guerra, de represión, de explotación, puesta al servicio del egoísmo nacional. El derrotista político tiende (a través del sabotaje al gobierno actual considerado como «falsamente nacional») a la reconstrucción de un gobierno futuro, verdaderamente nacional y de una solidez a toda prueba. El internacionalista libertario, en realidad, no tiene por qué querer consumar la derrota de su propio país, y por ella la victoria de un Estado enemigo, para utilizar después el «dinamismo del desquite». Se interesa por la cesación tan rápida como sea posible de la guerra, sin vencedores ni vencidos, para que todos los gobernantes salgan de ella debilitados y desconsiderados, y todos los pueblos desilusionados y convencidos de la absurdidad de la matanza. Pero, ¿puede este fin ser perseguido por vías políticas? ¿Es susceptible de planificación, de modo

que sea hacedero el manejo de las fuerzas materiales para paralizar ya a uno, ya a otro de los antagonistas? ¿Puede resultar de otra cosa que de la acción imprevisible de los imponderables morales?

André PRUNIER



DOS FUERZAS DE CHOQUE

Inquisidor.—¿El procesado se llama...?

El Veronés.—Pablo Cagliari; alias, «Paolino», Pablillos.

Inq.—¿Veronés?

Ver.—Sí. Pero, más del Puente de mis Suspiros, que el Gran Canal.

Inq.—¿Profesión...?

Ver.—Pintor de monigotes. Primeramente, fui picapedrero.

Inq.—¿Es autor de la «Glorificación de Venecia», que cubre la arcadura de la Sala del Colegio, en el Palacio Ducal?

Ver.—Cierto que yo puse el principal ingrediente en esa ensalada.

Inq.—¿Qué quieren decir, en fresco de tan poca devoción, las alegorías de la Paz, la Industria y el Comercio, que forman la corte de la Serenísima?

Ver.—A mi entender, son, con las Artes y los Oficios, los pilares de la República adriática, a los que debe su espejo fascinante y alucinador.

Inq.—Y el recuadro, que no más contiene un letrado con estas palabras «Custodios de la Libertad» en latín ¿qué significa?

Ver.—Es lo que, a mi juicio, deben ser los magistrados: perro de guarda del más precioso bien público.

Inq.—¿Por qué no aceptó el reo la invitación, que, en nombre de su señor, D. Felipe II, le hizo el embajador de España, para ir a decorar el Escorial, ofreciéndole que se le vendría a buscar, como a un príncipe, en la mejor de las reales galeras?

Ver.—No me hubieran probado aquellos aires. Soy gaviota de estas lagunas y me columpio en su oleaje como una góndola. Además, como el César, su padre, el hijo es muy aficionado a conceder pensiones a los artistas, que luego no paga. Los reyes necesitan el dinero para la guerra y para las amigas.

Inq.—¿Sabe de qué se le acusa?

Ver.—¡Por san Marcos, que vagamente lo consigo percibir!

Inq.—Se os culpa de ofensas a la divina majestad de Jesucristo en el cuadro «La Cena en casa de Leví», que preside el refectorio de los dominicos, en el convento de los santos Juan y Pablo, de esta ciudad.

Ver.—¿Quién me delata, los embadurnadores de calzoncillos con mistiquerías dignas del infierno? La mamarrachada que se me imputa, la pinté gratis, porque el Prior me aseguró que la Comunidad era pobre y no me podía abonar por mis molestias ni uno de los cincuenta ducados, que anualmente me da el Doge, por servirle con mis pinceles. Su Paternidad me estafó y me ha engañado como a un chino.

Y bien: ¿qué pasa con esa pintura, que se me retrae como un delito contra la Fe?

Inq.—Contra la seriedad, con que han de tratarse las personas y las cosas sagradas.

Ver.—*Videlicet.*

Inq.—¿Qué expresa en la composición la figura del criado, que sangra por la nariz?

Ver.—El contraste que ofrece la vida, entre la fiesta que hacen los que comen, y las narices rotas de los que les sirven. Me lo hizo notar donosamente, un día, Pedro de Arezzo.

Inq.—¡Hum! Y los soldados alemanes con alabardas ¿qué hacen en la escena?

Ver.—Varias cosas. Primero, indicar que detrás de la cruz está el diablo; segundo, que donde se bebe bien, hay siempre un borrachón tudesco o más, y tercero, que los que celebran banquetes, ni en presencia de Dios, pueden entregarse a la orgía, sin rodearse de gente armada.

Inq.—¡Hu...m! ¿Está bien manchar las paredes de una casa de oración, con monos, bufones, papagayos, negrillos y otros grotescos similares y profanidades?

Ver.—Los animales son también criaturas de Dios. En el plumaje de los pájaros exóticos ha hallado mi paleta los fúlgidos verdes, que hacen las delicias hasta de mis maestros Tiziano y el Sansovino. ¡Dice tan bien el colorido de su veste natural, en las sedas artificiales, con el hirviente y chispeante dorado de los cabellos y el espumante marfil de las carnes de nuestras Lavinias! Las Tres Gracias de Tintoretto y la galaxia de la Venus al astral Giorgione, son de blancura cígnea y de agua lunada; parecen esponjosas estrellas que acaban de saltar del lecho del sol.

Inq.—No enfile más repugnancias, si no quiere ir a depurar en la hoguera la escoria de sus provocantes oros y sus escándalos picturales.

Ver.—Miguel Angel, en la Sixtina, no injuria ni con una hilacha, presenta como la hostia los cuerpos de Nuestro Señor Jesucristo, de su Santísima Madre, de S. Juan, de S. Pedro y de toda la corte celestial, con la aprobación del Papa.

Inq.—Lo dejo por majareta. Y lo condeno sólo a sustituir con más convenientes, en el cuadro, las imágenes impropias de un comedor de religión.

Ver.—Está bien, reverendísimo. (*Sotto voce*). ¡Ni en la Gloria nos vemos!

Angel SAMBLANCAT



KOROLENKO

Recientemente di a leer a un devorador de novelas infectas *El músico ciego*, de Korolenko, una de las obras más tiernas y emocionadas de la literatura universal.

Me devolvió el libro, delicado como una caricia, sin comentario alguno. Nada le habían dicho sus páginas. Si he de decir la verdad, no me sorprendí. Sé el atrofiamiento de la sensibilidad que ocasionan los libracos que lee. Sé que matan la capacidad de saborear una obra bella, de sentirse, leyéndola, admirado. Este a modo de experimento no ha hecho más que confirmar lo que ya sabía. Y darme medida

exacta de la profundidad del daño que está perpetrando esa literatura infima que toda persona avisada aparta de sí con apresurado ademán.

Korolenko no es uno de los grandes maestros rusos. Al lado de Gogol, Dostoiewski y Tolstoi, su figura queda en segundo plano. Pero junto a Turguenef y Chejov, se adelanta a ocupar un puesto señalado.

Su obra mejor es, sin duda, *El músico ciego*. Libro de extrema sencillez y de extrema pureza. Quien no goce, leyéndolo, las máximas delicias que puede proporcionar una creación literaria, tiene cegadas las fuentes de la emoción estética. Lo trágico, en el caso del lector que no tuvo para él ningún comentario, es que la incapacidad de saborear ese goce le ha venido de fuera. Y hay muchos como él. Los libracos han caído en su sensibilidad como piedras en un manantial. Estas, cuando no logran por entero cerrar el paso al agua, la enturbian. Turbias están las mentes de todos los lectores de novelas infectas, cuando no cerradas en absoluto.

Korolenko contó siempre con la admiración del pueblo ruso. Después de Tolstoi, ningún otro escritor fué más admirado por él. ¿Como escritor? No. Preciso es decirlo. Como hombre. Que lo era tan grande como escritor.

En efecto, esa admiración se debía, más que a su noble y elevada producción literaria, a su actuación contra las injusticias del régimen zarista. En todo momento, propicio o adverso, con una serenidad, con una energía y con un valor extraordinarios, se alzó contra la tiranía. Las persecuciones y los destierros caían sobre él constantemente. Pero esto no le importaba, ni le arredraba. Su voz seguía clamando, serena y valientemente, contra los tiranos de su país.

En 1872, cuando apenas contaba veinte años (había nacido en 1853), fué expulsado de Moscú, donde estudiaba, y deportado a Kronstadt. En 1879 fué detenido y, tras largo tiempo de prisión, doportado, primero a Viatka, después a la Siberia occidental, a Tomsk, y más tarde a la Siberia oriental, a Vilmisk, en la región de Irkutsk.

En Siberia, en el inmenso desierto, entre hielo y nieve, conviviendo con un pueblo mísero, lejos de su país natal, recluso en una pobre choza, compartida alguna vez con otros deportados, estuvo hasta 1885, fecha en que pudo volver a Rusia. Pero no sin antes dar término a algunas de sus mejores obras, entre ellas *El sueño de Mukar* y *El desertor de Sajalín*. En esta última, relato a todas luces arrancado de la realidad, tanto como la tragedia del protagonista, evadido de la isla de Sajalín, descrita con la sobriedad maestra a que como pocos han llegado los grandes novelistas rusos, nos conmueve, que no habla apenas de sí mismo, pero que está presente, con sus dolores y sus nostalgias, en todas las páginas del relato.

¡Cuánta poesía hay en este relato! Todo él es un canto. El fuego—que es el mejor amigo en Siberia—, el bosque, el frío, la nieve, la mísera choza, todo cuanto lo rodeaba en el destierro, es cantado, poetizado por Korolenko. Y sobre todos esos cantos se eleva, majestuoso, el canto a la libertad. ¡Cómo la amaba! ¡Con qué potencia la ha cantado!

Ese evadido de Sajalín, hambriento siempre de nuevos horizontes, instintivamente enamorado de la libertad, jamás satisfecho del medio en que vive, eterno fugitivo, eterno inquieto, siente en sí poderosamente el deseo de ser libre, de que no haya nada en torno suyo que coarte su libertad. ¡Cuán maravillosamente ha sabido Korolenko ahondar en su psicología!

Korolenko, que consideraba la libertad como el más preciado de los bienes, que precisamente por defenderla con toda su pasión de hombre y todo su entusiasmo de artista se veía privado de ella y en destierro, ¿cómo no había de encontrar las palabras justas, las palabras encendidas, potentes y únicas para cantarla?

Cuando la espantosa represión que siguió a la revolución

de 1905, Korolenko reunió en un libro, titulado *El imperio de la muerte*, cartas particulares de condenados, relatos de presos que habían presenciado horribles ejecuciones, noticias de diversa índole y procedencia, pero todas referentes a los horrendos suplicios de que fueron víctimas los revolucionarios vencidos, y entre otras gentes—pobres gentes—que ni habían tomado parte en la revolución ni sabían nada de ella. (Todavía se espera, y sin duda se seguirá esperando en vano, que un escritor de la Rusia actual tenga el valor de escribir un libro parejo. Los materiales para escribirlo serían más abundantes que los que pudo reunir Korolenko, pero falta el Korolenko.) Tolstoi escribió un emocionado prólogo para *El imperio de la muerte*, impecadero por su sencillez, en el que se reconoce la grandeza que era necesaria para escribir un libro semejante.

Ciertamente, se necesitaba ser Korolenko—ha habido muy pocos hombres que puedan compararse en este aspecto—para escribir un libro como *El imperio de la muerte*. El valor moral; la entereza y la energía que no se doblegan; la rebelión contra la injusticia; la conciencia siempre atenta para no dejar pasar en silencio un crimen, que son las características más relevantes de este gran hombre, de este gran escritor ruso, tanto más universal cuanto más ruso en tales circunstancias, se desplegaron entonces, como unas alas inmensas, y esculpieron, más que escribieron, en páginas donde se refleja el horror, la sangre y la muerte—frutos de la represión—, la acusación más viril y más encendida contra un régimen execrable. Espejo en que mirarse, para los escritores rusos actuales, y en que ninguno se mira. Ni para avergonzarse.

El corazón de Korolenko, como el de otros muchos grandes escritores rusos, también cuanto más rusos más universales, basta recordar a Dostoiewski y a Tolstoi, era un corazón que ardía. Y ante los horrores del régimen zarista, como las miserias morales de los hombres, intentaba espar-

cir el fuego de esa llama, su lumbre íntima, ardorosa y acariciadora, que era un látigo para la tiranía y la fealdad moral, y solícita ternura para las víctimas y para todas las cosas bellas y delicadas.

Mantuvo esa actitud hasta sus últimos momentos. Combatió la tiranía zarista, y sufrió por combatirla—gran honor—persecuciones y destierros. Cuando la revolución bolchevique triunfante emprendió también rutas de tiranía, se colocó francamente contra ella. Era lógico. Los hombres se rompen, no se curvan. Había sido a la tiranía en sí a la que había combatido, y no iba a dejar de combatirla porque hubiesen cambiado los tiranos. Se retiró—más tarde ni eso se le habría permitido—a Poltava, y allí murió, a poco, no hay que decir cuán asqueado. Su muerte—la muerte de uno de los últimos grandes hombres—pasó casi por completo inadvertida. Inadvertidas pasan las bellezas múltiples de sus escritos para los lectores que devoran literatura infecta. ¡No importa! Pasará el tiempo. Caerán en olvido total—o habrá que despedirse de todo—esos libracos que atrofian la sensibilidad. Ni siquiera perdurará el nombre de sus autores. El nombre de Korolenko, en cambio, cada vez irá siendo más familiar. Y su grandeza de hombre y de escritor, parejas e igualmente admirables, brillarán al fin con luz pura y limpia. De una pureza y de una limpidez semejantes a la que se desprende, como un perfume, de su obra más bella y más colmada de ternura: *El músico ciego*. Condenada, entretanto, a no decir nada a los que tienen cegadas las fuentes de la emoción estética. Cegadas hasta un punto inconcebible. Porque *El músico ciego* es una maravillosa delicia, extraída de lo más vivo de la llama que era el corazón de su autor. Que está ahí, a nuestro lado, vivo a pesar de su muerte, para mientras seamos hombres.

Antonio LAFUENTE



INDICE

Alaiz, Felipe: Epicuro	28	Dewey, John: Ideas sobre la educación.....	330
» » Colectivizaciones industriales en la revolución	46	Duboin, Jacques: Ideas sobre el socialismo.....	54
Anónimo: Pueblos de la Meseta	167	Duroc, Pierre: Ideas sobre la civilización.....	178
» Dos relatos	214		
Aramburu, Julio: Ideas sobre la educación	302	Eliet, T. S.: Ideas sobre la cultura.....	205
Arciniegas, Germán: Ideas sobre la cultura.....	205	Eucken, Rudolf: Ideas sobre la cultura.....	238
Ardigó, Roberto: Ideas sobre la educación	202		
Arévalo, Juan José: Ideas sobre la educación....	303	Fabbri, Luis: Anarquía y comunismo en el pensamiento de Malatesta	193
Averchenko, A.: Un filósofo original.....	112	Fabio: El trigo	95
		» En torno a un relato.....	127
Bakunin, Miguel: Crítica, anticipada, del Estado proletario	161	» Un consejo	190
Balkansky, Gr.: La guerra y los anarquistas....	126	Faure, Elie: Ideas sobre el progreso.....	116
» » Guerra y revolución	184	Fedeli, Ugo: El movimiento makhnovista en la revolución de Ucrania	367
Bell, Clive: Ideas sobre la civilización.....	176	Ferrer, J.: Imagen del Sindicato Unico.....	56
Benda, Julien: Ideas sobre la cultura.....	236	Fontaura: Realidad y fantasía en la mente de Rabelais	90
Berdaieff, Nicolás: Ideas sobre la cultura.....	236	» Anhelos de superación humana.....	156
Berl, Emmanuel: Ideas sobre la cultura.....	237	» La cultura en las colectividades de Levante	314
Berneri, Camilo: Dictadura del proletariado y socialismo del Estado.....	129	» La acción internacional libertaria	372
Bernstein E.: Ideas sobre el socialismo.....	53	France, Anatole: Ideas sobre el progreso.....	116
Borghi, Armando: Los dos ojos del anarquismo....	321	«Freedom»: Una biografía de Kropotkin. «El príncipe anarquista»	63
Bouillier, Francisque: Ideas sobre el progreso....	114	Friedmann, Georges: Ideas sobre el progreso.....	117
Bourguin, Maurice: Ideas sobre el socialismo....	53	Funk-Brentano, Christian: Ideas sobre la civilización	179
Bundó, Juan: Federalismo de base: El Municipio..	60		
Butler, Samuel: Algunos juicios erewhonianos....	326	Garcés, Fortún: La vuelta a Godwin.....	163
		García Morente, Manuel: Ideas sobre el progreso	118
Campio Carpio: Literatura ibérica del destierro..	151	García Pradas, J.: Puntos de partida.....	6
» » Figuras del teatro rioplatense....	220	» » Ciencia y anarquismo.....	37
» » En el centenario del nacimiento de Guerra Junqueiro.....	252	» » La anarquía del lenguaje....	71
» » Alberto Rembau.....	287	» » El pueblo en armas.....	131
» » Reportaje al compañero Salvador Torrents	350	» » Flor de solaces.....	263
Carbó, Eusebio C.: Artistas «sin tiempo» y creaciones «sin historia».....	12	» » Fabulilla del loro y el mochil	292
Carmena Blanco, J.: La libertad y el Estado.....	24	Gille, Paul: El sofisma antiidealista de Marx.....	33
» » El escritor de nuestro tiempo	88	» » Ideas sobre el progreso.....	141
Carsi Alberto: El Monte Blanco.....	26	González Pacheco, Rodolfo: Ocho carteles.....	68
» » Los ojos de la España dolorida....	58	Gourmont, Rémy de: Ideas sobre el progreso....	141
» » La Sociometría	149		
» » Ensayo sobre la psicología colectiva	217	Haecker, Theodor: Ideas sobre la cultura.....	238
» » La locura de los descubrimientos	282	Henry, O.: El caballero de la rosa.....	79
» » La ciencia y la historia.....	343	» Entre ladrones	173
Cech, Svatopluk: El hombre que perdió su carácter	40	Hering, Henry A.: El frutero y su alma.....	137
Coll de Gussem, J.: «La vie et la mort en U.R.S.S.»	31	Huizinga, J.: Ideas sobre la civilización.....	179
» » Lamolla, dibujante	82	» Ideas sobre la cultura.....	206
Comfort, Alex: El anarquismo moderno.....	65	Huxley, Aldous: Ideas sobre el progreso.....	142
» » Dos poemas	135		
Corte, Marcel de: Ideas sobre la civilización.....	176	Jerome, K. Jerome: La pretensión de instruir de-leitando	299
Cesta Iscar: Respuesta anárquica individualista a una encuesta.....	251	Jordania, Noé: Ideas sobre el socialismo.....	192
Croce, Benedetto: Ideas sobre el progreso.....	114		
Curtius, Ernst-Robert: Ideas sobre la cultura....	237	Koechlin, H.: Crítica de la ciencia.....	196
		» Defensa del escepticismo.....	353
Chesterton, G. K.: Ideas sobre el progreso.....	115		
Dellepiane, Antonio: Ideas sobre el progreso.....	116	Labriola, Arturo: Ideas sobre la civilización.....	180
Denis: José Prat.....	221	Lacaze-Duthiers, Gerard de: Corto metraje.....	95
» Ricardo Mella	253	» » Preludio	230
Dermenghem, Emile: Ideas sobre la civilización..	177	Lafuente, Antonio: Panait Istrati.....	158
		» » Korolenko	381

Lanza, Silverio: Crítica miope.....	234	Prunier, André: Ante la guerra que viene.....	379
La Redacción: Presentación	1		
La Rochefoucauld: Ideas sobre el hombre.....	269	Rappoport, Charles: Ideas sobre el socialismo....	93
Losa, José de: Patología del poder.....	157	Read, Herbert: La muerte de Kropotkin.....	75
		Reclus, Eliseo: Ideas sobre el progreso.....	144
Llauradó, A. G.: Materialismo contra espirituali-		» » Ideas sobre la educación	305
mo.—Espiritualismo	375	Relgis, Eugen: Los libertarios de Rumania.....	19
Llorente, Ramón M.: Gremios y sindicatos.....	108	» » La Utopía en marcha.....	43
» » Defensa de los oficios.....	169	» » Panait Istrati: El 15º aniversario	
		de su muerte	94
Majewski, Erasme: Ideas sobre el hombre.....	270	» » Testimonio sobre el espíritu francés	
Mallea, Eduardo: Ideas sobre la cultura.....	207	» » El hombre libre ante la barbarie	
Man, Henri de: Ideas sobre el socialismo.....	54	totalitaria. Entre las «élites» y las	
» » Ideas sobre la cultura.....	239	masas	274
Mantovani, Juan: Ideas sobre la educación.....	229	» » Popper-Lynkeus o «El máximo	
Mejías Peña, R.: La novela contemporánea y dos		de existencia»	332
libros de John dos Passos.....	30	Remartínez, R.: Materialismo contra espirituali-	
Milla, B.: El extremismo literario.....	17	mo.—Un breve comentario.....	377
» Problemas de América.....	77	Renard, Georges: Ideas sobre el socialismo.....	55
Mises, Ludwig von: Ideas sobre el socialismo.....	92	Rocker, Rudolf: El ideario de Proudhon.....	225
Morgan, Charles: Ideas sobre el hombre.....	270	» » Las concepciones autoritarias....	261
Mcro, Fabián: Consideraciones sobre el dolor.....	85	Rodó, José Enrique: Más allá.....	365
» » Cosas viejas.....	120	Russell, Bertrand: El hombre y el dogma. El error	
» » Soy un refugiado.....	182	intelectual del comunismo.....	3
» » ...Y Marte vendimió.....	242		
» » El pájaro mágico. Quimera.....	345	Sageret, Jules: Ideas sobre el progreso.....	145
Muñoz, V.: Eugen Relgis: Humanista libertario..	122	Samblancat, Angel: Tartarinópolis.....	29
Muse, Emilio: Escepticismo y porvenir social.....	248	» » Un dolor de España.....	63
		» » Imperio de Manises.....	127
N. A.: Poesías españolas de ahora.....	167	» » Secano patriotero	159
Nettlau, Max: Los obreros y los campesinos tales		» » Segovia pañera	255
como son	289	» » Desbravar el sequizo.....	286
		» » Dos fuerzas de choque.....	380
Oliver, Miguel S.: Ideas sobre la civilización.....	180	Scheler, Max: Ideas sobre el hombre.....	272
Ortega y Gasset, José: Ideas sobre la cultura.....	208	Silone, Ignacio: Variaciones sobre un mismo tema	
» » Ideas sobre el hombre.....	271	Speaight, Robert: Ideas sobre el progreso.....	145
Ou Tsuin-Chen: Ideas sobre la educación.....	304	Spencer, Herbert: Ideas sobre la educación.....	329
		Spengler, Oswald: Ideas sobre la cultura.....	209
Palante, G.: Ideas sobre el socialismo.....	55	» » Ideas sobre el hombre.....	273
» Ideas sobre el progreso.....	143	Spranger, Eduard: Ideas sobre la cultura.....	240
Panzini, Alfredo: Una enfermedad. Un gato y un		Stein, Ludwig: Ideas sobre la cultura.....	241
marqués. Dos espectáculos.....	361	Suárez, José M.: Apostilla a Berneri.....	192
Papini, Juan: La gata pensadora.....	266	» » Destino a los precursores.....	222
Pascal, Georges: Las condiciones del progreso....	105	» » La televisión.....	352
Paulhan, Fr.: Ideas sobre el hombre.....	272		
Paz, Octavio: Unas cuartillas admirables.....	228	Tato Lorenzo, J.: Valorización del tiempo.....	191
Peirats, J.: Zaragoza a la vista.....	15	Tcherkesoff, W.: Crítica del marxismo.....	97
» La C.N.T. en la revolución española..	257	Tynbee, Arnold J.: Ideas sobre la civilización....	181
» Consideraciones sobre el pacifismo re-		Twain, Mark: Jorge Washington, su infancia y mi	
tórico	323	acordeón	203
» Sobre la pretendida crisis del anar-			
quismo	356	Ucar, Emilio: Canto a los forjadores españoles de	
Pérez Galdós, B.: Viejas glorias.....	347	la justicia y de la libertad.....	199
Perroux, François: Ideas sobre el socialismo.....	93		
Pino, F. de: La razón no basta.....	223	Vilageliu, J.: Pequeño episodio de la historia de	
» No es por ahí.....	256	España	286
Pittaluga, Gustavo: Ideas sobre la cultura.....	208	» Otro pequeño episodio de la historia	
Poch y Gastón, Dra. A.: La sífilis enemiga de la		de España.....	319
belleza	250	Viñuales, Mariano: La literatura latina.....	189
Proudhon, P. J.: Ideas sobre el progreso.....	143	Volney: Ideas sobre el hombre.....	273
Prudhommeaux, A.: Secreto y violencia.....	285		
Prunier, André: William Godwin, el anarquista		Whale, J. S.: Ideas sobre el hombre.....	274
pacífico	210		

EPISODIO DEL "QUIJOTE"



«—Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.»

Ayuntamiento de Madrid



NUESTRA PORTADA

Miguel de Cervantes Saavedra, príncipe de los ingenios de la literatura castellana y universal. Escribió varias obras en verso y en prosa, pero la que más celebridad le ha dado es «El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha», libro original, bellísimo, filosófico, satírico y costumbrista, del que se han hecho millares de ediciones y ha sido traducido a cuantas lenguas escribe el género humano.

CLAYTON KENNEDY
CLAYTON KENNEDY

Ayuntamiento de Madrid

70 frs

And
Camu
belión
perm
revol
Más
del a
La
I. C
rusa.
En m
Rizo
José
hace
José
ca.
Chic
oidos
pic
Edm
G. C
Cam
gen
Euro
Bast
ned
kin:

Ene
199